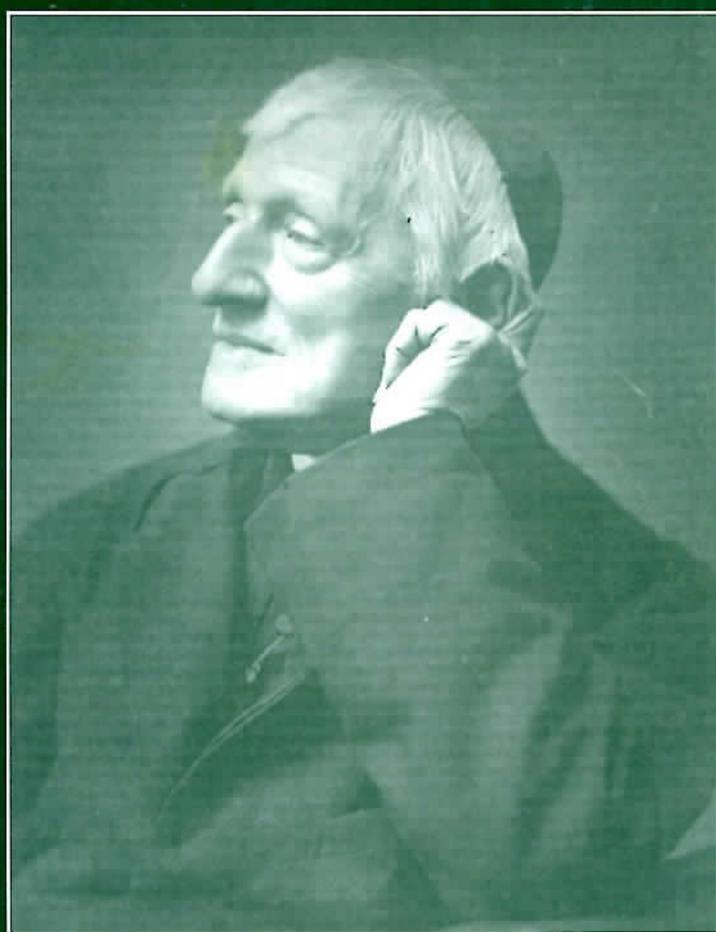


NEWMANIANA

AÑO VII - NUMERO 20

MAYO 1997



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina

NEWMANIANA



Año VII - N° 20

Mayo 1997

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Pablo Augusto Marini

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648) Tigre - Pcia. de

Buenos Aires - República Argentina

Producción Gráfica: Editorial Mundo Técnico S.R.L.

Pichincha 1572 - Tel.: 308-1340 / 1459

Sumario

Editorial

Año 1997

siguiendo al Papa..... 2

Sermón

Cristo: un espíritu vivificador..... 4

Meditación

La Enseñanza de los

cuarenta días 10

Discursos

**Discursos sobre el fin y la naturaleza de la
educación universitaria (continuación)..... 14**

Traducción, Introducción y notas
P. José Morales

Testimonios

Testimonio cristiano31

Convicciones

Las convicciones

de John Henry Newman.....36

Año 1997 siguiendo al Papa

Al comenzar 1997 nos encontramos editando el vigésimo número de NEWMANIANA, que más allá de la cifra, nos estimula por la permanencia en este emprendimiento, que con la ayuda de Dios seguiremos haciendo, "guiados por su luz bondadosa" (Lead Kindly Light). Pero este año es para la Iglesia universal el comienzo del triduo que el Santo Padre quiere que vivamos en preparación al Jubileo del año 2000. En su exhortación "Tertio Milenio Adveniente", pide que reflexione este año sobre la Persona de Jesucristo, la fe y el bautismo. Nuestra cooperación al pedido pontificio será incluir, en los tres números del año, textos de Newman sobre esos misterios de nuestra fe.

No cabe duda que la Persona del Señor constituyó la luz de la vida y de la acción de Newman, a quien contemplaba y de quien predicó siempre, en un mundo que sufría ya los frutos del subjetivismo, *No quiero decir -escribía en 1838- que Cristo no sea mencionado como el Autor de todo bien, sino que se subraya sobre todo el creer, más que el Objeto de la fe; el auxilio y la fuerza de persuasión de la doctrina, más que la doctrina misma. Y de esa manera la religión se hace consistir más en contemplarnos a nosotros mismos en lugar de Cristo; no simplemente en mirar a Cristo, sino en asegurarnos que miramos a Cristo, no en su Divinidad y Redención, sino en nuestra conversión y nuestra fe en tales verdades.*

Mirar a Cristo es la curación. La fe, como primera virtud teologal, es el acto de mirar a Aquél que nos guía y salva,

la mirada que va más allá de lo visible. Esto significa, asimismo, vivir la vida de Cristo, que se nos da a través de los sacramentos, comenzando por el bautismo. Desde el principio de la historia de la Iglesia, fe y bautismo han sido realidades indisolubles. Los primeros símbolos de la fe nacieron dentro de la liturgia bautismal. *En el orden cristiano, Dios pronuncia la palabra, y el hombre se arrodilla y se salva. Tal es la relación entre fe y sacramentos... La Iglesia jamás ha afirmado que seamos justificados únicamente por la ortodoxia, o solamente por el bautismo, o solamente por las obras; y menos que lo seamos por un cierto sentimiento o experiencia espiritual.* (1838)

Newman, es casi redundante decirlo, fue el gran teólogo de la fe, desde sus sermones anglicanos y católicos, hasta su ensayo sobre el asentamiento religioso (Grammar of assent), intentando establecer, en el "siglo de la razón", las relaciones mutuas entre fe y razón, un tema actual hasta hoy, acompañado del cientificismo y el relativismo intelectual, moral y religioso. *La fe viene del oído, por la palabra de Dios. Racionalistas son aquellos que se contentan con las conclusiones a las que llegan por la razón, pero 'nosotros somos salvos por la fe', y aún en los casos o personas en los cuales ve puede llegar a esas conclusiones, éstas deben ser creídas con el argumento de que 'Dios ha hablado'. Un hombre puede ser un verdadero y propio teísta, y sin embargo no tener fe. Lo que le falta para tener fe es la gracia de Dios, que se concede como respuesta a la oración.* (carta de 1887, tres años antes de su muerte). Por otra

parte definió la racionalidad de la fe contra el sentimiento religioso, y la verdad objetiva de los dogmas cristianos contra el relativismo. En aquél célebre discurso con motivo del cardenalato (1879) decía: *El liberalismo religioso es la doctrina de que no hay ninguna verdad positiva en religión, sino que un credo es tan bueno como otro, y esta es la enseñanza que día tras día va tomando fuerza. No puede coexistir con ningún reconocimiento de ninguna religión como verdadera. Predica que todas deben ser toleradas porque todas caen en el campo de la opinión. La religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento y un gusto; no es un hecho objetivo, ni milagroso; y cada individuo tiene el derecho de hacerla decir cuanto le viene a su fantasía. La devoción no necesariamente está fundada en la fe.*

Unido a su pensamiento sobre la fe, desde el principio estudió y escribió sobre el bautismo, en un momento en el que la iglesia anglicana, influida por las doctrinas protestantes, había olvidado la eficacia propia del sacramento, la regeneración por la gracia. Este fue el tema de sermones, y sobre todo de los primeros *Tracts for the times*, con los que se inauguró el Movimiento de Oxford que Newman lideraba junto a Keble, Pusey, Froude y otros. *La eficacia del bautismo reside en el torrente de gracia de Dios que se derrama sobre el alma, en ese cuerpo invisible que se abre al bautizado; y no, de ninguna manera, en el carácter personal de aquellos que lo administran o lo asisten. Cuando se lleva un niño a bautizar, la Iglesia invisible lo reclama, lo pide de Dios, lo recibe, y le extiende, como instrumento de Dios, su propia santidad* (sermón de 1837).

Queridos AMIGOS DE NEWMAN, vivamos este año según lo ha pedido el Papa Juan Pablo II, "mirando" a Cristo y

renovando nuestra fe bautismal, que nos ha injertado por su gracia en su misma vida divina, por los méritos de su sangre, resucitados para la vida eterna. Hagámoslo de la mano de Newman, nuestro guía espiritual y maestro de la fe. En el presente número traemos un sermón suyo de Pascua y unas meditaciones sobre los cuarenta días que estuvo con sus apóstoles después de la resurrección, que pueden ayudarnos en nuestra oración pascual.

Dice el Santo Padre en su mensaje a los jóvenes con motivo de la próxima Jornada Mundial de la Juventud en París: *¡Abatid las barreras de la superficialidad y del miedo! Reconociéndonos hombres y mujeres "nuevos", regenerados por la gracia bautismal, conversad con Jesús en la oración y en la escuela de la Palabra; gustad la alegría de la reconciliación en el sacramento de la penitencia; recibid el cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía; acogedlo y servidlo en los hermanos. Descubriréis la verdad sobre vosotros mismos, la unidad interior y encontraréis al "tú" que cura las angustias, las preocupaciones y aquel subjetivismo salvaje que no deja paz.*

Pidiéndoles que no dejen de rezar por intercesión del Venerable John Henry Newman, para obtener el signo milagroso que haga posible su pronta beatificación, y agradeciéndoles su generoso apoyo a nuestra revista, les saludamos afectuosamente deseándoles una FELIZ PASCUA DE RESURRECCION.

P. Fernando María Cavaller

Cristo: un espíritu vivificador

Festividad de la resurrección de nuestro Señor

Plain and parochial sermons vol II, sermón XIII, pp 139-150, predicado en St. Mary the Virgin, Oxford, el 3 de abril de 1831.

*¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?
No está aquí, ha resucitado. (Lc 24,5-6)*

Tal es la pregunta triunfante con que los Santos Angeles ahuyentan la tristeza de las mujeres en la mañana de la resurrección de Cristo. "Oh vosotras de poca fe", menos fe que amor, más obediencia que comprensión, ¿por qué venís a ungir su cuerpo al tercer día? ¿Por qué buscáis al Salvador vivo en la tumba? El tiempo de angustia se ha acabado; la victoria ha llegado, de acuerdo a su Palabra, y vosotras no lo recordáis. "¡El no está aquí, ha resucitado!".

Estos fueron actos realizados y palabras dichas hace mil ochocientos años; hace tanto tiempo, que en el pensamiento del mundo son como si nunca hubieran existido, pero no obstante, continúan siendo verdaderas y válidas hasta hoy. Cristo es ahora, para nosotros, lo mismo que fue con todos sus atributos gloriosos en la mañana de la resurrección, y nosotros somos aún más dichosos en saberlo de lo que fueron aquellas mujeres a quienes los Angeles hablaron, de acuerdo a la propia afirmación de Cristo: "Dichosos los que no han visto y han creído".

En ésta, la más importante de las Festividades, intentaré presentar ante vosotros uno de los muchos temas consoladores de reflexión que ella sugiere.

1. Primero, observemos cómo armoniza la resurrección de Cristo con la historia de su nacimiento. David anticipó: "no me entrega-

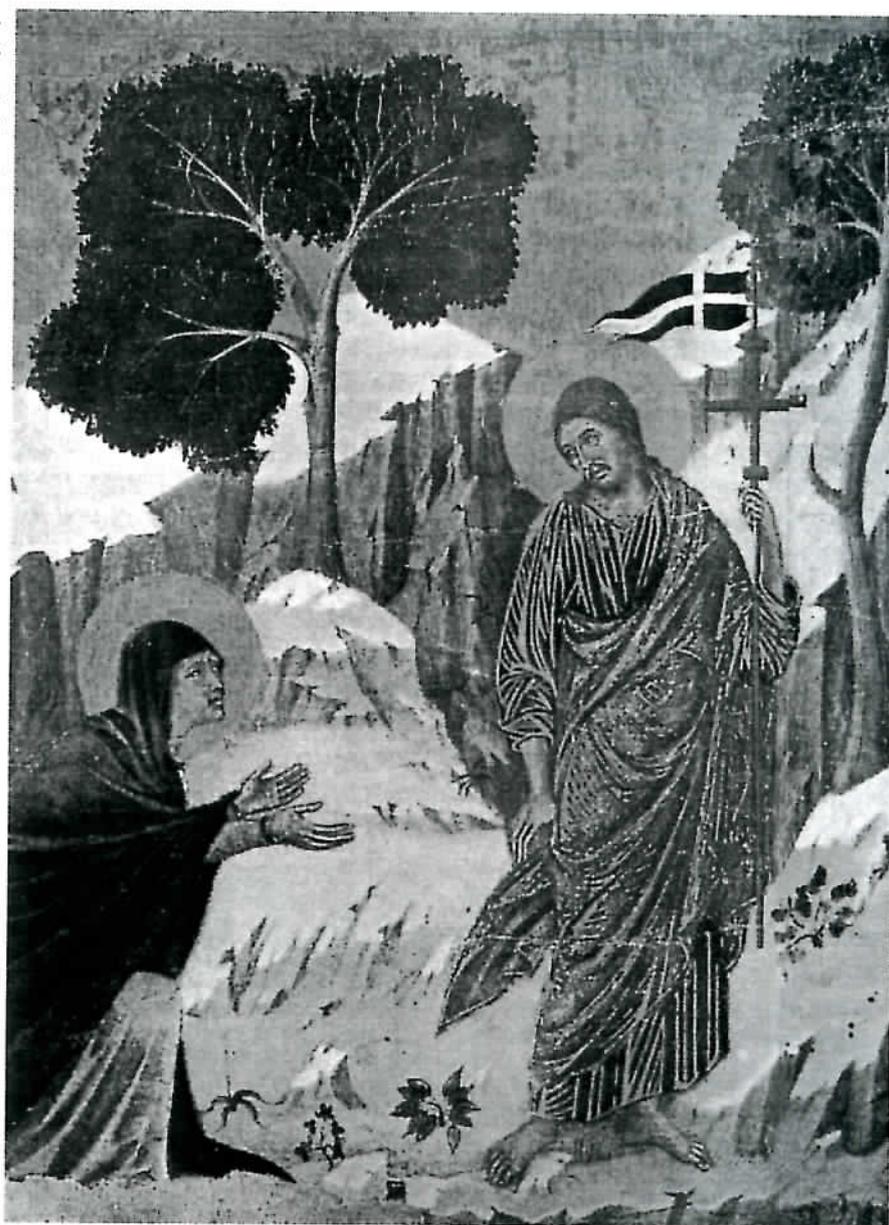
rás a la muerte" (es decir, al estado invisible), ni dejarás a "tu santo ver la corrupción" (Salmo 16,10). Y'en cuanto a esta profecía, San Pedro dice que "no era posible que quedara bajo el dominio de la muerte" (Hechos 2,24-27), como si un vigor innato estuviera oculto en El, y protegiera sus fuerzas por un tiempo, pero nada pudo descomponerlo." No permitirás a tu santo ver la corrupción", dice la Escritura, y en otro lado lo llama "el santo siervo Jesús" (Hechos 4,27).

Estas expresiones llevan nuestros pensamientos al anuncio de los Angeles en su nacimiento, en el que está implícita su naturaleza incorruptible e inmortal. "Aquel Santo" que nació de María, era "el Hijo", no de hombre, sino "de Dios". Todos los otros han nacido en pecado, "a semejanza de Adán, según su imagen" (Gen 5,3), y nacidos en pecado son herederos de la corrupción "por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y la muerte", con todas sus consecuencias, "por el pecado". Ningún ser humano entra en la existencia sin el discernimiento de Dios de las evidencias del pecado que acompaña a su nacimiento. Pero cuando la Palabra de Vida se manifestó en nuestra carne, el Espíritu Santo extendió la mano creativa que en el principio formó a Eva, y el Santo Niño, así concebido por el poder del Altísimo, fue -como la historia lo demuestra- inmortal aún en su naturaleza mortal, tan libre de toda infección del

fruto prohibido, que fue impecable e incorruptible. Por eso, aunque estuvo sujeto a la muerte, "Fue imposible que ésta le retuviera". La muerte pudo prevalecer pero no pudo tomar posesión, "no tuvo dominio sobre El" (rom 6,9). En las palabras del texto, El "está vivo entre los muertos".

De aquí que su resurrección de entre los muertos puede decirse que evidenció su origen divino. El fue "constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de Santidad", es decir, su esencial divinidad "por la resurrección de entre los muertos". Los jefes judíos le habían condenado por blasfemo, "porque El se declaró el Hijo de Dios", y fue llevado a la muerte de cruz no solo como un castigo, sino como una refutación práctica de su pretensión. Sus enemigos le desafiaron en cuanto a esto: "Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz". De este modo su crucifixión fue como una prueba, como un nuevo experimento de parte de Satanás, que antes le había tentado, para ver si era como los demás hombres, o si era el Hijo de Dios.

Contemplemos el hecho. Jesús fue obediente hasta la muerte, cumpliendo la ley de aquella naturaleza desheredada que El había asumido, y padeciéndola pudo redimirnos de nuestros pecados. Todo fue permitido por el "consejo determinante y la presciencia de Dios", pero allí terminó el triunfo de sus enemigos, por así decir, terminó con lo que era necesario para nuestra redención, y El dijo: "Todo está cumplido", porque su humillación,



cuando expiró, había llegado al más profundo abismo. Inmediatamente, algunas señales incipientes demostraron que la verdadera victoria estaba con El: primero, el temblor de tierra y otras maravillas en cielo y tierra. Estas cosas fueron más que suficientes para justificar el juicio del centurión en cuanto a la pretensión de Jesús, pues de inmediato dijo: "Verdaderamente éste era el Hijo de Dios". Luego siguió su descenso al infierno y su triunfo en el mundo invisible, fuera lo que fuera, y finalmente aquel acto glorioso de poder en la tercera ma-

ñana, que hoy conmemoramos. El muerto resucitó. La tumba no pudo retener a quien "tenía vida en sí mismo". Resucitó como un hombre se despierta naturalmente por la mañana cuando le abandona el sueño. La corrupción no tuvo poder sobre ese sagrado cuerpo, fruto de una concepción milagrosa. Los lazos de la muerte fueron rotos como "ramas verdes de un sauce", y con esa debilidad atestiguaron que El era el Hijo de Dios.

Tal es la relación entre el nacimiento y la resurrección de Cristo, y más aún podría arriesgarse en lo que respecta a su naturaleza incorruptible si no fuera mejor evitar todo riesgo de transgredir la reverencia con la que estamos obligados a considerarla. Algo podría decirse en lo que concierne a su apariencia personal, que parece haber llevado las marcas de quien no fue manchado por el pecado original. Los hombres casi no podían abstenerse de darle culto. Cuando los fariseos mandaron apresarle, todos los oficiales, en el momento en que Jesús se da a conocer como aquél a quien buscaban, caen de espaldas ante su presencia. Se atemorizaron tanto como se dice se atemorizan las bestias a la voz del hombre. De este modo, creado a imagen de Dios, El era el segundo Adán, pero mucho más que Adán, en su naturaleza secreta, que destellaba con majestuosa pureza y esplendor, a través de su tabernáculo de carne, aún en los días de su humillación. "El primer hombre, salido de la tierra, es terrenal; el segundo, viene del cielo" (1 Cor 15,47)

2. Si tal fue la majestad visible mientras estaba aún sujeto a la tentación, debilidad y dolor, mucho más abundante fue la manifestación de su divinidad cuando resucitó de entre los muertos. Entonces, la esencia divina se derramó en todas direcciones, por así decirlo, y envolvió su humanidad como en una nube de gloria. Su sagrado cuerpo estaba tan transfigurado, que quien se había dignado nacer de una mujer y colgar de la cruz, tenía una sutil virtud en sí, como un espíritu, de pasar a través de las puertas cerradas, hacia el lugar donde estaban reunidos sus seguidores. Condescendió al juicio de sus sentidos, para mos-

trarles que no era un mero espíritu el que les hablaba, sino El mismo, como era antes, con las manos heridas y el costado traspasado. Se les manifestó en este estado exaltado, para que pudieran ser sus testigos ante la gente, testigos de aquellas verdades separadas que la razón humana no puede combinar: inhabitado por la Palabra Eterna. Ellos le tocaron, le vieron ir y venir cuando las puertas estaban cerradas, sintieron lo que no podían ver, pero pudieron atestiguar aún frente a la muerte, que Cristo era "su Señor y su Dios". Fue una triple evidencia: primero, de su muerte redentora, luego de su propia resurrección hacia la gloria, y por último, de su poder divino para conducirlos a salvo hasta ella. Así, manifestado como perfecto Dios y perfecto hombre, en la plenitud de su soberanía y de la inmortalidad de su santidad, ascendió a los cielos para tomar posesión de su reino. Allí permanece hasta el último día, "Maravilloso, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de la paz" (Isaías 9,6).

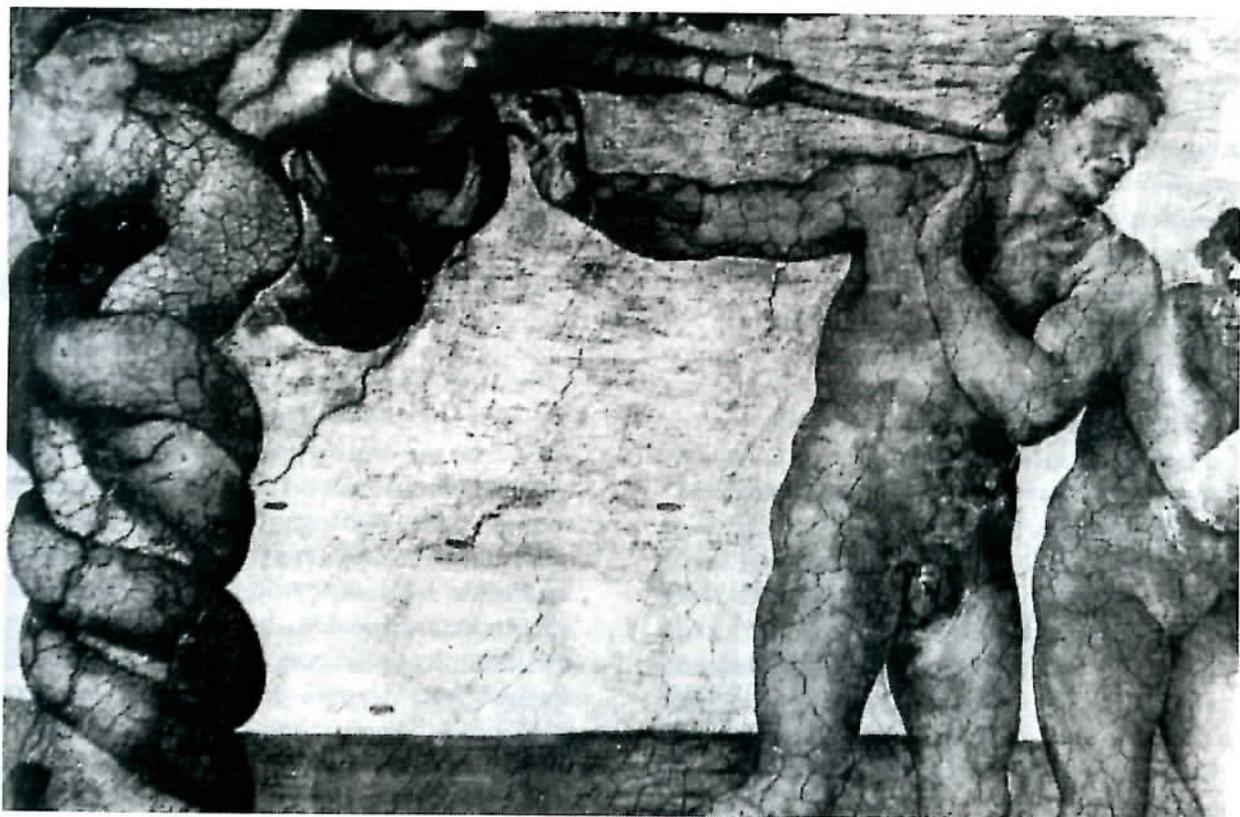
3. Ascendió a los cielos para poder apelar por nuestra causa ante el Padre, y como está dicho, "vive para siempre para interceder por nosotros" (Hechos 7,25). Pero no debemos suponer que al dejarnos cerró la economía de gracia de su encarnación, ni que apartó el ministerio de su incorruptible humanidad, de su obra amorosa de misericordia hacia nosotros. "El Solo Santo de Dios", murió por nosotros, pero también fue el "comienzo" de una nueva "creación" para la santidad en nuestra estirpe pecadora: remodelar alma y cuerpo a su semejanza, para que pudieran ser "elevados juntos y sentados en los cielos, en Cristo Jesús". ¡Bendito sea por siempre su santo nombre!!, porque antes de irse recordó nuestra necesidad y completó su obra, legándonos un modo especial de acercarnos a El, un santo misterio en el que recibimos -no sabemos cómo- la virtud de ese Cuerpo Celestial, que es la Vida de todos los que creen. Este es el santo sacramento de la Eucaristía, en el que "Cristo está presente, evidentemente, crucificado entre nosotros", para que celebrando el Sacrificio podamos ser "partícipes de la divina naturaleza". Ponga-

mos atención para no estar en el número de los que "no discernen el Cuerpo del Señor" y las "promesas extraordinariamente grandes y preciosas" hechas a quienes lo comparten. Como en esto hay cierto peligro, haré unas breves observaciones en lo que respecta a este gran don, y roguemos a Dios para que nuestras palabras y pensamientos sean acordes a su indecible carácter sagrado.

Cristo dice: "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo", y luego, "Porque yo vivo también vosotros viviréis" (Juan 5,26; 14,19). Entonces, parece que así como Adán es el autor de la muerte para toda la raza humana, así Cristo es el origen de la inmortalidad. Cuando Adán comió del fruto prohibido, fue como un veneno extendiéndose por toda su naturaleza, cuerpo y alma, y desde entonces a través de todos sus descendientes. Cuando Adán fue puesto en el jardín, Dios le dijo: "el día que comieres de él, morirás sin remedio" (Gen 2,17), y expresamente se nos dice

a nosotros: "en Adán todos morimos". Todos nacemos herederos de esa infección de la naturaleza que siguió a la caída. Pero también se nos dice: "del mismo modo que en Adán todos mueren, así todos revivirán en Cristo", y la misma ley de la providencia de Dios se mantiene en ambos casos. Adán disemina veneno, Cristo difunde Vida Eterna. Cristo nos comunica Vida a cada uno, por medio de esa naturaleza santa e incorruptible que El asumió para nuestra redención. Cómo, no lo sabemos, sin embargo, aunque invisible, es seguramente por una comunicación real de sí mismo.

Por eso San Pablo dice que "el último Adán fue hecho" no simplemente "alma viviente", sino "Espíritu vivificador", o dador de vida, por ser "el Señor que viene del cielo" (1 Cor 15,22.45.47). También, en sus propias palabras llenas de gracia, Cristo es "el Pan de vida", "el Pan de Dios que baja del cielo y da la vida al mundo", o más simplemente, "Yo soy el Pan que bajo del cielo", "Yo soy el Pan



de vida", "Yo soy el Pan vivo bajado del cielo. Si uno come de este Pan vivirá eternamente, y el pan que yo le daré es mi carne, para la vida del mundo". Y aún más claramente dice: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día" (Juan 6,33-54).

Misteriosa y sagrada como es, ¿por qué debemos considerar increíble esta comunión con El, cuando sabemos por el Evangelio qué maravillosamente obró en los días de su humillación hacia aquellos que se acercaban a El? En una ocasión, se nos cuenta que "toda la gente procuraba tocarle, porque salía de El una virtud que sanaba a todos" (Lucas 6,19). También cuando la mujer que padecía flujo de sangre le tocó, "al instante Jesús se dio cuenta de que esa virtud había salido de El" (Marcos 5,30). Esta gracia era invisible y por eso se conocía sólo por la cura que ella efectuaba, como en el caso de la mujer. No dudemos, aunque no tengamos una aproximación sensitiva de El, de que Cristo aun puede darnos la fuerza de su pureza e incorrupción, como lo prometió, y de una manera más celestial y espiritual que "en los días de su carne", de un modo que quita no sólo las dolencias de este estado temporal, sino que siembra la semilla de la vida eterna en el cuerpo y en el alma. No le neguemos la gloria de su santidad dadora de vida, esa gracia difusiva que es la renovación de toda nuestra raza, un espíritu vivo, poderoso y traspasador, que puede levar toda la masa de la corrupción humana y hacerla vivir. Cristo es el primero de los frutos de la resurrección. Nosotros le seguimos cada uno en su propio orden, al ser santificados por su presencia interior. Y en este sentido, entre otros, Cristo "está formado en nosotros", según la frase de la Escritura, es decir, que se nos comunica su nueva naturaleza, que santifica el alma y hace inmortal el cuerpo. De igual manera oramos en la Comunión para que "nuestros cuerpos pecadores queden limpios por su Cuerpo y nuestras almas lavadas por medio de su preciosísima Sangre, y para que podamos cada vez más habitar en El y El en nosotros".

Tal es, entonces, nuestro Salvador resucitado, en sí mismo y para nosotros: concebido por el Espíritu Santo, santo desde el vientre materno, muerto pero detestando la corrupción, resucitado al tercer día por medio de su vida inherente, exaltado como el Hijo de Dios e Hijo del Hombre, para elevarnos tras de sí, y colmándonos incomprensiblemente de su naturaleza inmortal, hasta que nos hagamos semejantes a El, colmándonos de una vida espiritual que puede expulsar el veneno del árbol de la ciencia y reintegrarnos a Dios. ¡Qué maravillosa obra de gracia! Fue extraño que Adán debiera ser nuestra muerte, pero más extraño aún y muy lleno de gracia que Dios mismo debiera ser nuestra vida, por medio de ese tabernáculo humano que Cristo ha asumido para sí.

¡Bendito día de la resurrección, que desde antiguo se le llamó la Reina de las Festividades, y que despertó entre los cristianos un deseo ansioso, no contenido, de honrarlo debidamente! ¡Bendito día, que solamente una vez transcurrió en la tristeza, cuando el Señor realmente resucitó y los discípulos no lo creyeron; pero desde entonces un día de gozo para la fe y el amor de la Iglesia! En los tiempos primitivos, los cristianos de todo el mundo lo comenzaban con saludo matutino. Cada hombre decía a su prójimo: "Cristo ha resucitado", y el otro le respondía: "En verdad Cristo ha resucitado, y se ha aparecido a Simón". Aún para Simón, el discípulo cobarde que le negó tres veces, Cristo ha resucitado. Y aún para nosotros, que hace mucho tiempo prometimos solemnemente obedecerle, y que tan frecuentemente le hemos negado delante de los hombres, que tan frecuentemente hemos tomado partido con el pecado, y seguido al mundo, cuando Cristo nos llamó por otro camino.

"En verdad Cristo ha resucitado y se ha aparecido a Simón", a Simón el apóstol favorecido, sobre quien la Iglesia está edificada, Cristo se ha aparecido. Se ha aparecido a su Santa Iglesia primero de todo, y en la Iglesia dispensa los favores que el mundo no conoce. ¡Felices los que conocen su bendición, los que pueden, como nosotros, semana tras semana,

y festividad tras festividad, buscar y encontrar en la Santa Iglesia al Salvador de sus almas! ¡Felices aquellos más allá de todo lenguaje o pensamiento, a quienes les es concedido recibir las señales de su amor, que el ser humano no puede obtener de otra manera, las promesas y los medios de presencia extraordinaria en el sacramento de su cena! ¡Felices quienes pueden comer y beber el alimento de la inmortalidad y recibir vida del costado sangrante del Hijo de Dios!

¿Por qué extraña frialdad de corazón o perversa superstición, el que se llama cristiano se mantiene alejado de ese rito celestial? ¿No es muy penoso que deba existir alguien que tema compartir la más grande bendición concebible que pueda venir sobre los hombres pecadores? ¿Qué es en verdad ese temor sino sólo la incredulidad, una obstinación servil a amar el pecado, que conduce al ser humano año tras año a vivir sin el sustento espiritual que Dios ha provisto para él? ¿Es acaso extraño que, a medida que pase el tiempo, aprenda deliberadamente a dudar de la gracia que le otorga este sustento, que ya no considere más la Cena del Señor como un banquete celestial, o al Ministro del Señor como el vaso elegido, o a la Santa Iglesia en la que celebra como un Rito divino para ser atesorado como el legado de despedida de Cristo a un mundo pecador? ¿Es extraño que viendo no vea, y oyendo no oiga, y que considerando superficialmente todos los dones de Cristo, no sienta ninguna reverencia por la casa del tesoro en la que esos dones están alojados?

Pero nosotros, que confiamos que mientras hagamos la voluntad de Dios y en cuanto nos adherimos estrictamente a esos ritos y reglas que su Hijo nos ha dejado, nosotros, sí podemos regocijarnos humildemente en este día, con un gozo que el mundo no puede arrebatarnos más de lo que comprende. En verdad, en este tiempo de increpación y blasfemia, sólo podemos ser moderados y sumisos en nuestro regocijo, pero nuestra paz y gozo podrán ser más profundos y plenos por esa misma seriedad. Porque nada puede herir a los que llevan en su interior a Cristo. Ni la prueba ni la ten-

tación, ni el tiempo de tribulación, ni el tiempo de riqueza, ni el dolor, ni el despojo, ni la ansiedad, ni la angustia, ni los insultos del enemigo, ni la pérdida de los bienes materiales, nada puede "separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rom 8,39). Esto, hace mucho que el Apóstol nos lo dijo, pero nosotros, en esta era del mundo, por encima de su palabra, tenemos la experiencia de muchos siglos para nuestro consuelo. Tenemos su propia historia, que nos muestra cómo Cristo, dentro nuestro, es más fuerte que el mundo que nos rodea, y prevalecerá. Tenemos la historia de todos sus compañeros sufrientes, de todos los Confesores y Mártires de los tiempos primitivos y desde entonces, para mostrarnos que el brazo de Cristo "no es corto como para no poder salvar", que la fe y el amor tienen una morada real sobre la tierra, que venga lo que viniere, su gracia es suficiente para su Iglesia y su fuerza se muestra perfecta en la debilidad, que "El la conducirá y liberará, aún en la madurez y en la ancianidad", que en cualquier época que los poderes del mal presenten batalla, los Mártires y los Santos avanzarán nuevamente y resucitarán de entre los muertos, tan numerosos como nunca antes lo habían sido, aún "las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la Palabra de Dios, y todos los que no adoraron a la Bestia ni a su imagen, y no aceptaron la marca en su frente o en sus manos" (Apocalipsis 20,4)

Entre tanto, mientras Satanás solo amenaza, poseamos nuestros corazones en la paciencia, tratemos de mantenernos tranquilos, intentemos obedecer a Dios en todo, en lo pequeño como en lo grande, cumplamos con las obligaciones de la vocación que tenemos delante, día tras día, y "no os preocupéis del mañana, porque a cada día le basta su propio mal" (Mateo 6,34)

Traducción de Marta Chemes (Santa Fe)

NOTA: PEDIMOS DISCULPAS POR HABER OMITIDO EN EL NUMERO ANTERIOR QUE EL SERMON ALLI PUBLICADO TAMBIÉN ERA TRADUCCION DE MARTA CHEMES, A QUIEN AGRADECEMOS SU COLABORACION.

La Enseñanza de los cuarenta días

De las "Meditaciones sobre la doctrina cristiana"
(*Meditations on christian doctrine*), XII

I. El reino de Dios

I. Oh mi Señor Jesús, qué magníficas fueron aquellas conversaciones que mantuviste de tanto en tanto con Tus discípulos después de Tu resurrección. Cuando ibas con dos de ellos a Emaús, les explicaste todas las profecías que se referían a Ti. Y les confiaste a los Apóstoles, los Sacramentos en plenitud, las verdades que fue Tu voluntad revelar, y las máximas y principios por los cuales la Iglesia habría de ser mantenida y gobernada. Tú los preparaste para el día de Pentecostés (así como los cuerpos resucitados fueron formados por el Espíritu, en la visión del profeta), momento en que la vida y la iluminación habrían de infundirse en ellos. Pensaré sobre todo lo que dijiste, con fe verdadera y simple. Tu tema sagrado fue el "reino de Dios". No permitas que ni por un instante jamás olvide que has establecido sobre la tierra un reino Tuyo, Tus leyes y Tu ojo, y que cuando habla la Iglesia, hablas Tú. No dejes que la familiaridad con esta hermosa verdad, me lleve a ser insensible a ella. No dejes que la debilidad de Tus representantes humanos me lleven a olvidar que eres Tú quien habla y actúa a través de ellos. Fue justo que, cuando estabas yéndote, dejaras que este reino Tuyo tomara Tu lugar hasta el fin del mundo, que hablara por Ti, como Tu forma visible, cuando Tu presencia personal sensible al hombre hubiese partido. Quiero, con verda-

dero amor fiel, traerte ante mí, enseñando todas las verdades y mandamientos de este reino a Tus Apóstoles, y quiero adorarte, mientras en mis pensamientos Te miro fijamente y escucho tus palabras.

2. Ven, Oh mi querido Señor, y enséñame de igual manera. No lo necesito y no lo pido, en cuanto que la palabra de verdad que en el principio diste a los Apóstoles, ha sido transmitida de edad en edad, y me ha sido ya enseñada, con la garantía de Tu Iglesia infalible. Pero necesito que me enseñes día a día, de acuerdo a las oportunidades y necesidades de cada día. Necesito que me des ese verdadero instinto divino acerca de las cosas reveladas, de modo que, conociendo una parte, pueda anticipar o aprobar las otras. Necesito ese entendimiento de las verdades acerca de Ti, que pueda prepararme para todas esas otras verdades Tuyas, o al menos pueda salvarme de conjeturar erróneamente o comentar falsamente sobre ellas. Necesito la mente del Espíritu, que es la mente de los Santos Padres, y de la Iglesia, por la cual puedo no decir lo que dicen sobre determinados puntos, sino pensar como piensan. En todo necesito ser salvado de una originalidad de pensamiento, que no es verdadera si lleva lejos de Ti. Dame el don de discernir entre la verdad y la falsedad en todo discurso de la mente.

3. Y para ese fin, dame Oh mi Señor, esa pureza de conciencia que sólo puede recibir, que sólo puede cultivar Tus inspiraciones. Mis oídos son duros y no puedo escuchar Tu voz. Mis ojos están empañados y no puedo ver Tus señales. Tú sólo puedes vivificar mi audición y purificar mi vista, Tú sólo puedes limpiar y renovar mi corazón. Enséñame, como a María, a sentarme a Tus pies y escuchar Tu palabra. Dame esa verdadera sabiduría que busca Tu voluntad por la oración y la meditación, por la directa religión contigo más que por la lectura y el razonamiento. Dame el discernimiento para distinguir Tu voz de la voz de los extraños, y descansar en ella y buscarla en primer lugar como algo exterior a mí mismo, y responderme a través de mi propio pensamiento, si Te venero y confío en Ti por encima y más allá del mismo.



La comida de Emaús, de Caravaggio, National Gallery, Londres.

2. Resignación a la voluntad de Dios ¿Y a Ti qué? Tú sígueme. (Jn 21,22)

1. ¡Oh mi Dios, Tú y sólo Tú eres toda sabiduría y todo conocimiento! Tú sabes, Tú tienes determinada cada cosa que nos suce-

derá desde la primera a la última. Tú has ordenado las cosas del modo más sabio, y conoces cuál será mi suerte año por año hasta que muera. Tú conoces cuanto tiempo tengo que vivir, y conoces cómo he de morir. Tú has ordenado precisamente todo, sin excepción. Cada evento de mi vida es el mejor que pudiera ser para mí, pues viene de Ti. Tú me llevas año por año con tu divina providencia, de la juventud a la vejez, con la más perfecta sabiduría y el más perfecto amor.

2. Mi Señor, que viniste a este mundo para hacer la voluntad de Tu Padre, no la Tuya propia, dame la más absoluta y simple sumisión a la voluntad del Padre y del Hijo. Creo, Oh mi Salvador, que conoces justamen-

te lo que es mejor para mí. Creo que me amas mejor que lo que yo me amo, que eres sapientísimo en Tu providencia y todopoderoso en Tu protección. Soy tan ignorante como Pedro era, acerca de lo que va a pasar en el tiempo por venir, pero me resigno enteramente a mi ignorancia, y Te doy gracias con todo mi corazón por haberme librado de mi propia guarda, y, en vez de poner sobre mí semejante carga, haber ofrecido ponerme en Tus manos. No puedo pedir nada mejor que esto, ser Tu cuidado, no el mío. Afirmino, Oh mi Señor, que por Tu gracia Te seguiré dondequiera que vayas, y no guiaré el camino. Esperaré en Ti, en Tu guía, y obteniéndola, actuaré según ella con simplicidad y sin temor. Y prometo que no seré impaciente si a veces fuera dejado por Ti en la oscuridad y perplejidad, ni jamás me quejaré o irritaré si entrara en alguna desgracia o ansiedad.

3. Oh Señor, se que harás Tu parte respecto a mí, como yo, con Tu gracia, deseo hacer mi parte respecto a Ti. Se bien que nunca puedes abandonar a los que Te buscan, ni defraudar a los que en Ti confían. Pero se también, que cuanto más rece por Tu protección, más segura y plenamente la tendré. Y por ello, ahora grito hacia Ti y Te suplico, primero que quieras protegerme de mí mismo y de cualquier siguiente voluntad que no sea la tuya. Luego imploro de Ti, que en Tu infinita compasión quiera atemperar Tu voluntad en mí, de modo que no sea severa sino indulgente. ¡No me visites, Oh mi amado Señor -si no está mal orar así- no me visites con esas penosas visitas que sólo los santos pueden soportar! Apíadate de mi debilidad y llévame hacia el cielo de modo seguro y tranquilo. Aunque dejo todo en Tus manos, mi querido Señor -regateo por nada, solamente, si me vas a traer penas más pesadas, dame más gracia- inúndame con la plenitud de Tu fuerza y consolación, de modo que no obren en mí la muerte, sino la vida y la salvación.

3. La despedida del Señor con sus Apóstoles

1. ¡Te adoro, Oh mi Dios! junto con tus Apóstoles, durante los cuarenta días en que los visitaste después de Tu resurrección. Tan bendito fue ese tiempo, tan calmo, sin molestias de fuera, que era bueno estar allí contigo, que cuando hubo pasado, difícilmente podían creer los Apóstoles que no era más que el comienzo. ¡Qué rápidamente había desaparecido aquél primer Tempus Paschale! y quizás ellos difícilmente conocieron cuando iba a terminar. Por lo menos, no querían anticipar su final, pues estaban absortos con el gozo del momento presente. ¡Oh qué tiempo de consolación! ¡Qué contraste con lo que más tarde habría de tener lugar! Era su tiempo feliz sobre la tierra, la preguistación del cielo, un tiempo no interferido ni notado por el hombre. Lo pasaron en la admiración, en el ensueño, en adoración, gozándose en Tu luz, Oh mi Dios resucitado!

2. ¡Pero Tu, Oh mi querido Señor, sabías mejor que ellos! Esperaban y deseaban, quizás fantasiosamente, que ese tiempo de descanso, ese refrigerium, jamás terminaría hasta que fuera superado por algo mejor. Pero Tú sabías, en Tu eterna sabiduría, que, para llegar a lo que era más alto que cualquier bendición que estuvieran gozando entonces, era adecuado, era necesario, que debieran soportar el conflicto y el sufrimiento. Tú sabías bien que a menos que partieras, el Paráclito no podría venir a ellos. Por eso Te fuiste, para que pudieran ellos ganar más con Tu triste ausencia que con Tus visitas sensibles. ¡Te adoro, Oh Padre, por enviar al Hijo y al Espíritu Santo! ¡Te adoro, Oh Hijo, y a ti, Oh Santo Espíritu, por conceder ser enviados a nosotros!

3. Oh mi Dios, no permitas nunca que olvide que esas épocas de consolación son aquí un refrigerio, y nada más, no nuestro estado permanente. No se quedarán con no-

sotros, excepto en el cielo. Aquí sólo intentan prepararnos para actuar y sufrir. Te ruego, Oh mi dios, que me las des de tanto en tanto. Derrama sobre mí la dulzura de Tu presencia, para que no desfallezca por el camino, para que no encuentre fastidioso el servicio religioso, por mi excesiva enfermedad, y deje la oración y la meditación, para que no emprenda mi trabajo diario con espíritu árido, o esté tentado de complacerme en él por sí mismo, y no por ti. Dame Tus divinas consolaciones de tiempo en tiempo, pero no dejes que descansen en ellas. Déjame hacer uso de ellas para el propósito por el cual Tú me las das. No dejes que piense que es cruel, si se van, ni que esté abatido. Permíteles llevarme adelante hacia el pensamiento y el deseo del cielo.

4. Los caminos de Dios, no los nuestros.

**...la tristeza ha ocupado vuestros corazones
porque os he dicho esto.**

**Sin embargo, os lo digo en verdad: os
conviene que me vaya. (Jn 16,6-7)**

1. Oh mi Salvador, Te adoro por Tu infinita sabiduría, que ve lo que nosotros no vemos, y ordena todas las cosas en su más perfecta manera. Cuando les dijiste a los Apóstoles que Te ibas, clamaron como si, por así decir, hubieras roto la promesa con ellos. Parecían estar diciéndote: 'Oh Jesús, ¿no dejamos todas las cosas por Ti? No dejamos casa y familia, padre y esposa, amigos y vecinos, nuestros hábitos y nuestras acostumbrado modo de vivir, para poder encontrarte? ¿No nos divorciamos del mundo, o mejor, no hemos muerto a él, para poder estar eternamente unidos y vivir para Ti? Y ahora nos dices que te estás yendo. ¿Es esto razonable? ¿Es justo? ¿Es ser fiel a Tus promesas? ¿Debemos regatear por esto? ¡Oh Señor Jesús, Te adoramos, pero estamos confundidos y no sabemos qué decir!

2. Aún así, dejad a Dios ser veraz y a cada hombre un mentiroso. Permitid que la Divina Palabra triunfe en nuestras mentes sobre todo argumento y persuasión por las apariencias sensibles. Dejad que la fe nos gobierne y no la visión. Oh, Señor, Tú estás justificado cuando eres acusado, y ganas la causa cuando eres juzgado. Pues Tú sabías que el verdadero camino para poseerte era perderte. Tú sabías que lo que el hombre necesita más para sostenerte, y en primer lugar, no es un guía externo, aunque lo necesite también, sino una ayuda interior, íntima e invisible. Tú intentaste curarlo plenamente, no a la ligera, no meramente para reformar la superficie, sino para remover y destruir el corazón y la raíz de todas sus enfermedades. Te propusiste, pues, visitar su alma, y desapareciste corporalmente, para poder llegar nuevamente a él en espíritu. No Te quedaste, entonces, con Tus Apóstoles, como en los días de Tu carne, pero llegaste a ellos y habitaste con ello para siempre, en una comunión mucho más inmediata y verdadera, en el poder del Paráclito.

3. ¡Oh mi Dios, bajo Tu vista, confieso y lamento mi extrema debilidad al desconfiar, no de Ti, pero al menos de Tus propios siervos y representantes, cuando las cosas no ocurren como quisiera o hubiera esperado! Tú me has dado a San Felipe Neri, esa gran creación de Tu gracia, por maestro y patrono, y me he confiado a él, y él ha hecho realmente grandes cosas por mí, y de diversas maneras ha cumplido conmigo en todo lo que claramente puedo contar que había prometido. Pero, como en algunas cosas me desilusionó y se tardó, me impacienté, y le he servido, aunque sin una consciente deslealtad, sí con displicencia y frialdad. ¡Oh mi amado Señor, dame una confianza generosa en Ti y en Tus Siervos!

Traducción P. Fernando M. Cavaller

Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria

Traducción, Introducción y notas de P. José Morales
(Continuación)

Discurso Sexto

EL SABER CONSIDERADO EN RELACION A LA CULTURA

1

Bueno sería que el idioma inglés, como el griego,¹ poseyera algún término específico para expresar, de modo sencillo y amplio, la excelencia intelectual o perfección de la mente, como, por ejemplo, "salud", usado en referencia al cuerpo, y "virtud", por lo que se refiere a nuestra condición moral. No soy capaz de encontrar un término semejante. Talento, capacidad, genio, aluden claramente a la materia prima que constituye la base, pero no se refieren a esa excelencia que es el resultado del ejercicio y del entrenamiento.

Cuando nos fijamos en formas concretas de perfección intelectual, aparecen desde luego términos afines a nuestro propósito, como, por ejemplo, juicio, gusto y habilidad. Pero estos pertenecen en su mayor parte a potencias o hábitos que tienen que ver con la práctica o la actividad, y no con una condición perfecta del intelecto considerado en sí mismo. Sabiduría es ciertamente una palabra más comprensiva que cualquier otra, pero guarda una relación directa con la conducta y la vida humanas. Saber y ciencia expresan ideas puramente intelectuales, pero no aluden a una situación o cualidad del intelecto, pues saber, en su sentido ordinario, no es sino una de sus condiciones, y denota una posesión o un hábito; y ciencia se vincula a la materia en que se ocupa el intelecto, en vez de pertenecer en inglés, como debería, al intelecto mismo.

La consecuencia es que, en una ocasión como ésta, hacen falta muchas palabras para, en primer lugar, expresar y transmitir una idea que no es difícil en sí misma, a saber, la del cultivo del intelecto como un fin en sí, para recomendar luego un objetivo que nada tiene de extravagante; y finalmente para describir y hacer captar a la mente la singular perfección en la que ese objetivo consiste. Todo el mundo conoce en la práctica cuáles son los constituyentes de la salud o de la virtud, y todos reconocen a ambas como fines que deben perseguirse. Pero

¹ Sofía significa en griego no sólo conocimiento y sabiduría, sino también habilidad intelectual.

algo diferente ocurre con la excelencia intelectual, y lo alego como excusa por dedicar tanta atención a un asunto preliminar.

A falta de un término generalmente reconocido, he llamado a la perfección o virtud del intelecto con el nombre de filosofía, saber filosófico, ensanchamiento de la mente, o iluminación. Son términos no raramente usados con ese fin por escritores actuales, pero, sea cual sea el nombre empleado, pienso que el asunto de una Universidad, tal como nos lo enseña la historia, es hacer de la cultura intelectual su objeto más directo, o aplicarse a la educación del intelecto, igual que el trabajo de un hospital estriba en curar al enfermo, y el de una escuela de equitación o esgrima y de un gimnasio, en ejercitar el cuerpo, y el de un asilo en ayudar y distraer al anciano, y el de un orfanato en proteger a niños inocentes, y el de una prisión en regenerar al criminal. Afirmando entonces que una Universidad, considerada en su idea desnuda, y antes de que la veamos como un instrumento de la Iglesia, posee este objetivo y esta misión: no persigue en sí mismos la mejora moral ni la producción de bienes útiles, ni trata de ejercitar la mente en las actividades de la vida o en el deber, sino que su misión es la cultura intelectual, y aquí puede dejar ya a sus estudiosos, porque ha realizado su obra, si realmente ha logrado inculcar esa cultura. La universidad educa el intelecto para que razone bien en todos los temas, para que tienda hacia la verdad, y la asimile.

2

Como he explicado en mi anterior discurso, este es el objetivo de una Universidad, vista en sí misma, y aparte de la Iglesia Católica o del Estado, o de cualquier otro poder que pueda usarla, y he procurado ilustrarlo de diversos modos. Dije que el intelecto debe lograr una excelencia propia, dado que nada existe que no posea su bien específico; que la voz *educar* no se usaría para la cultura intelectual, como se usa, si el intelecto no tuviera un fin propio; que si no tuviera tal fin, no tendría sentido denominar *liberales*, en contraste a *útiles*, a determinadas actividades intelectuales; que la misma noción de un carácter filosófico lo implica, pues nos reenvía a las ideas de investigación y de sistema como fines en sí mismos, distintos de efectos y actividades de cualquier clase; que una estructura filosófica de conocimiento, o sistema de ciencias, no puede, por la naturaleza de las cosas, desembocar en una disciplina o actividad específicas como fin

propio; y que, de otro lado, el descubrimiento y la contemplación de la verdad, a la que conducen la investigación y el sistema, son fines suficientes, aunque nada se añada a ellos, y que así han sido considerados siempre por la humanidad.

Aquí retorno el tema, y después de haber determinado que el cultivo del intelecto es un fin preciso y suficiente en sí mismo, y que supone una ampliación o iluminación, me propongo analizar en qué consista esta amplitud mental, o poder, o luz, o filosofía. Un hospital cura un miembro roto o unas fiebres: ¿qué hace una institución que dice buscar la salud, no del cuerpo ni del alma, sino del intelecto? ¿En qué consiste este bien que en tiempos antiguos y en los nuestros, ha merecido la atención y la apropiación por parte de la Iglesia Católica?

Debo entonces investigar en los discursos que siguen aquellas cualidades y características del intelecto en las que estriba o desemboca su cultivo, y con vistas a ayudar mi estudio, acudiré a ciertas cuestiones a las que ya me he referido brevemente. Estas cuestiones son tres: la relación de la cultura intelectual al mero saber, la relación de esa cultura al saber profesional mecánico, y finalmente su relación al conocimiento religioso. Nos preguntamos, en otras palabras, si los logros y los resultados constituyen el objetivo de la educación universitaria, o si lo es la habilidad en determinadas actividades u oficios, o un nivel moral y religioso elevado, o alguna otra cosa diferente a estas tres. Examinaré sucesivamente estos puntos, y espero se me excuse si me veo obligado a repetir lo que he afirmado ya en estos discursos o he escrito al margen de ellos. Ocupémonos primero del mero saber o cultura (Learning), y de su conexión con la iluminación intelectual o filosófica.

3

Doy por supuesto que la opinión espontánea que el público en general se hace de una Universidad, como lugar de educación, es ni más ni menos que la de un centro donde se adquieren amplios conocimientos sobre gran cantidad de asuntos. La memoria es una de las facultades mentales que primero se desarrolla. El objetivo de un chico que va al colegio es aprender, es decir, reunir cosas en su memoria. Durante algunos años, su intelecto es poco más que un instrumento para asimilar hechos, o un receptáculo para almacenarlos. Los acepta con la misma rapidez con que vienen, vive de lo que está fuera, dirige sin cesar sus ojos hacia su entorno, es muy sensible a las impresiones, digiere información de toda clase, y, en un verdadero sentido, hace propias muy pocas cosas, porque vive más bien apoyado en quienes le rodean. Tiene sus opiniones religiosas, políticas y literarias, y, para ser un hombre joven, las afirma con decisión y se siente seguro acerca de ellas; pero las toma de sus compañeros, o de sus maestros, o de sus padres.

Como en sus demás relaciones, así es también en sus ejercicios escolares. Su mente es observadora, aguda, dispuesta y retentiva. El es casi pasivo en la adquisición de saber. No lo digo en descrédito de la idea de chico inteligente. Almacena la materia de los estudios de geografía, cronología, historia, lenguaje e historia natural, como tesoros para un día futuro. Son para él los años de abun-

dancia. Recoge a manos llenas, como los egipcios, sin contar; y aunque, con el paso del tiempo, ejercite con la matemáticas sus poderes de razonar y su gusto con los poetas y oradores, sin embargo, mientras sigue en el colegio, o al menos hasta los últimos años del tiempo colegial, se limita a adquirir, y poco más; y cuando se dirige ya hacia la Universidad es aún principalmente criatura de influencias y circunstancias exteriores, hecha de accidentes más o menos homogéneos. Sus hábitos morales, además, que son la alabanza de un joven, fomentan y ayudan estos resultados. Me refiero a la diligencia, la asiduidad, la regularidad, la prontitud y la aplicación perseverante, pues estos hábitos son las condiciones directas para adquirir conocimientos, y a ese fin llevan. Esta adquisición es susceptible de ser producida y manifestada en breve plazo de tiempo. Es algo que el profesor y el alumno gustan de enseñar. Cualquier público, aunque ignore los temas de un examen, puede apreciar si las preguntas hechas son o no contestadas. Esta es una de las razones por las que la auténtica cultura mental viene a ser identificada por la mayoría de las personas con la mera adquisición de conocimiento.

La misma idea domina la cabeza de la gente cuando pasa del pensamiento de un colegio al de una Universidad, y con la mejor de las razones, en el sentido de que no existe verdadera cultura sin previa adquisición de conocimientos, y que la filosofía presupone el saber. Hace falta mucha lectura y un amplio acopio de información para que alguien se anime a avanzar sus opiniones en un tema serio. Sin esos conocimientos, la mente más original puede tal vez deslumbrar, divertir, refutar, confundir, pero no llegar a un resultado útil o a una conclusión fehaciente. Hay desde luego personas que defienden una opinión diferente, y actúan conforme a ella. De vez en cuando nos tropezamos con un individuo de cabeza vigorosa y fértil, que confía en sus propios recursos, desprecia a todos los autores precedentes, y con el máximo desenfado da al mundo sus ideas acerca de la religión, o la historia, o cualquier otro tema popular. Sus obras se venden por un tiempo, y el autor puede llegar a hacerse un nombre fugaz, pero esto será todo. Sus lectores descubrirán a la larga que las ideas que leen son puras teorías, que no reflejan hechos, que son paja y no trigo, y entonces la popularidad del autor desaparecerá tan rápidamente como surgió.

El saber es entonces la condición indispensable de la expansión de la mente, y el instrumento para conseguirlo. Es un hecho innegable, en el que debemos insistir. Parto de él como de un primer principio. La verdad misma que contiene lleva, sin embargo, demasiado lejos a algunos, y les hace pensar que aquí se encierra toda la cuestión que nos ocupa. Se piensa que una mente estrecha es la que atesora pocos conocimientos, y que una mente ilustrada es la que contiene muchos, y lo que coloca el tema más allá de toda disputa es el hecho del gran número de estudios que se cultivan en una Universidad por razón de su mismo nombre. Se imparten lecciones sobre todas las materias, se hacen exámenes, y se conceden premios. Hay profesores de moral, metafísica y física. Los hay también de lenguas, historia, matemáticas, y ciencia experimental. Se publican elencos de cuestiones, que sorprenden por su amplitud y hondura, su variedad y dificultad. Se escriben tratados, que manifiestan en su

misma superficie extensas lecturas y multiforme información. ¿Qué le falta entonces de cultura mental a una persona de amplia lectura y logros científicos? ¿Qué otra cosa significa la agudeza de mente sino esas adquisiciones? ¿En qué mejor lugar se hallará el reposo filosófico, sino en la conciencia y disfrute de extensas posesiones intelectuales?

Y sin embargo esta idea es un error, y mi tarea presente apunta a demostrarlo, así como a hacer ver que el fin de la educación liberal no es el mero saber, o el saber considerado en sus contenidos (matter). Pienso que alcanzaré mejor mi objetivo estableciendo de modo concreto algunos casos que suelen generalmente considerarse ejemplos del proceso de ilustración y extensión de la mente, y otros que no lo son. Así podréis juzgar por vosotros mismos al compararlos, si el saber, es decir, la adquisición de conocimiento, es el verdadero principio de la extensión mental, o si este principio no está más bien situado más allá de esa mera adquisición.

4

Si, por ejemplo, una persona que solo ha conocido hasta el momento el paisaje tranquilo y sencillo de estas islas, aquí o en Inglaterra, viajara por primera vez a lugares donde la naturaleza adopta sus formas más salvajes y sobrecogedoras, como en las zonas montañosas, o si alguien que ha vivido siempre en una aldea del campo visitase por vez primera una gran ciudad, tendría sin duda una experiencia que nunca vivió antes. Sería una sensación, no de suma o aumento de anteriores sensaciones, sino algo de naturaleza muy diferente. Se vería tal vez impulsado a avanzar, y creería por un tiempo haber perdido sus puntos de referencia. Ha hecho un cierto progreso, y tiene conciencia de expansión mental. Ya no está donde estaba, tiene ahora un nuevo centro y le visita un arco de pensamientos que antes le eran extraños.

Asimismo, el panorama de los cielos que el telescopio nos permite contemplar, si llega a poseer y llenar la mente, puede incluso marearla y producirle sensación de vértigo. Trae un torrente de ideas y puede llamarse con razón un ensanchamiento intelectual.

La visión de animales salvajes y de otras bestias exóticas, su extraña figura, la originalidad -si puedo hablar así- de su forma, gestos y hábitos, así como la variedad e independencia de unos con respecto a otros, nos saca de nosotros mismos para hacernos pensar en otra creación y como en otro Creador, si se me permite expresar de este modo la tentación que viene a mi mente. Nos parece haber adquirido nuevas facultades, o un nuevo uso para las que tenemos, por esta adición a nuestros conocimientos, como un prisionero que, acostumbrado a llevar esposas o cadenas, siente de repente que sus brazos y piernas se hallan libres.

Por eso las ciencias naturales en todos sus campos, al ofrecernos las exuberantes riquezas y los recursos, así como el curso ordenado, del Universo, llevan y excitan al estudioso, y al principio le privan casi del aliento, para obrar luego sobre él una influencia tranquilizadora. ¿Por qué se dice que el estudio de la historia ensancha e ilumina la mente? Porque, entiendo, concede un poder de

juzgar sobre los sucesos pasados, y acerca de todos los sucesos, y permite una consciente superioridad sobre ellos, de la que antes carecía la mente.

Lo mismo puede afirmarse de lo que llamamos ver mundo, aplicarse a una vida activa, entrar en sociedad, viajar, tener trato con las diversas clases de la comunidad, establecer contacto con los principios y modos de pensar de grupos distintos, intereses y razas, conocer sus puntos de vista, objetivos, hábitos y estilo de vida, credos religiosos y formas de oración, hacer experiencia de lo diferentes y, a la vez, lo semejantes que son los hombres, de lo estrechos de mente, malos, opuestos y, sin embargo, seguros, que se muestran en sus opiniones. Todo esto ejerce un notorio influjo sobre la mente, que es imposible no detectar, sea bueno o malo, y al que popularmente denominamos su expansión.

La primera vez que el intelecto se encuentra con argumentos y especulaciones de incrédulos, y aprecia la luz nueva que arrojan sobre lo que hasta ese momento había tenido por sagrado: si cede ante ellos y los acepta, y arroja de sí lo que considera prejuicios mantenidos hasta entonces, y si, como quien despierta de un sueño, comienza a percibir en su imaginación que la ley y su transgresión no existen, que el pecado es un fantasma y el castigo una ficción, que él es libre para pecar, y para disfrutar del mundo y de la carne; y si de hecho los disfruta, y decide que puede pensar y sostener lo que prefiere, que "tiene el mundo delante para escoger lo que desea",² y que puede construirse un sistema propio de ideas: cuando este aluvión de arbitrarios pensamientos viene sobre él y lo inunda, es innegable que el fruto del árbol de la ciencia, o de lo que la mente tiene por ciencia, han convertido a ésta en un dios, con un sentido de expansión y elevación, que son en realidad intoxicaciones, aunque a la mente le parezcan iluminaciones. De ahí el fanatismo de individuos y naciones que de repente renuncian a su Creador. Sus ojos se abren, y como el rey fulminado por el juicio divino en la tragedia clásica,³ ven dos soles y un universo mágico, desde el cual contemplan de nuevo su anterior situación de fe e inocencia con una suerte de desprecio e indignación, como si antes hubieran sido necios y víctimas de la impostura.

De otro lado, la religión tiene su expansión propia en el ánimo, que no es de alboroto sino de paz. Se dice a veces de personas no educadas y que han tenido poco en cuenta hasta el momento el mundo invisible, que al volverse hacia Dios, verse a sí mismas, enderezar sus corazones, reformar su conducta, y meditar sobre la muerte y el juicio, el cielo y la reprobación, parecen convertirse, por lo que al intelecto se refiere, en seres diferentes a lo que eran. Antes tomaban las cosas como venían y las miraban como equivalentes. Pero ahora piensan que cada suceso encierra un sentido, y han aprendido a formarse un juicio sobre todo lo que les ocurre, saben discernir los tiempos y momentos, y comparar el presente con el pasado, y el mundo, que ya no ven como algo oscuro, monótono, estéril y sin esperanza, es para ellos un drama complicado y rico en aspectos, con unas partes y con un fin, y con una sobrecogedora lección moral.

² Paraíso perdido, XII, 646.

³ Se refiere a Penteo, que, en las Bacantes de Eurípides, se negó a adorar a Baco.

Resulta evidente de estos ejemplos, a los que podrían añadirse muchos más, que la comunicación del saber es sin duda la condición o el medio para adquirir ese sentido de extensión o ilustración del que tanto oímos hablar hoy en algunos ámbitos. Es un hecho innegable, como también lo es que esta comunicación no agota el todo del proceso.

La extensión intelectual de que hablamos no consiste meramente en la recepción pasiva, dentro de la mente, de un cúmulo de ideas hasta el momento desconocidas, sino en la acción eficaz y simultánea de la mente hacia esas nuevas ideas y sobre ellas. Se trata de la acción de un poder formativo que produce orden y da sentido a la materia de nuestras adquisiciones intelectuales. Es hacer subjetivamente nuestros los objetos de nuestro conocimiento, o, para decirlo más familiarmente, es como la asimilación de lo que recibimos en la sustancia de nuestra previa situación mental, de modo que sin este proceso no se sigue ampliación intelectual alguna.

No hay expansión de la mente, a menos que se comparen unas ideas con otras a medida que llegan, y se las ordene en un sistema. Sentimos que nuestras mentes crecen y se expanden no solo cuando aprendemos sino cuando referimos lo aprendido a lo que ya sabíamos. La iluminación o ilustración de la mente no estriba en simples adiciones a nuestros conocimientos, sino en el movimiento e impulso hacia delante, a partir de ese centro mental en torno al que gravita lo que sabemos y lo que vamos aprendiendo. Y por tanto, un gran intelecto, reconocido como tal por la opinión común de la gente, como el de Aristóteles, de Santo Tomás, de Newton, o de Goethe (menciono intencionalmente ejemplos de dentro y de fuera del campo católico, pues hablo del intelecto como tal) es una mente que adopta una visión conexas y armónica de lo viejo y lo nuevo, lo pasado y lo presente, lo lejano y lo próximo, y que percibe la influencia de todas estas realidades unas sobre otras, sin lo cual no habría ni un todo ni un centro. Este intelecto posee un conocimiento no solo de cosas, sino de sus mútuas y verdaderas relaciones. Es un saber, no solo considerado como una adquisición cuantitativa, sino como filosofía.

Consiguientemente, cuando este proceso analítico, distributivo y armonizador está ausente, la mente no experimenta expansión alguna, y no es tenida por ilustrada o comprensiva, sean cuales fueren las adiciones logradas a sus conocimientos. Una gran memoria, por ejemplo, no hace a un filósofo, como tampoco un diccionario puede ser llamado una gramática. Hay personas que abarcan en sus mentes una amplia multitud de ideas, pero carecen de sensibilidad para relacionarlas unas con otras. Puede llamárselas anticuarios, eruditos de la historia, o naturalistas; pueden ser expertos en derecho o en estadísticas, y de gran provecho para todos en el lugar donde están. De ningún modo hablaré de ellos irrespetuosamente, pero nada hay en sus actividades que garantice la ausencia de estrechez mental. Si no son nada más que hombres leídos o bien informados, no poseen lo que merece especialmente el nombre de cultura intelectual o realiza el tipo de educación liberal.

De igual modo, nos encontramos a veces con personas que han visto mucho mundo y mucha gente, que han desempeñado papeles importantes, y que sin embargo no saben generalizar lo experimentado, no tienen capacidad de observación en el verdadero sentido del término. Abundan en informaciones de detalle, interesantes y divertidas, sobre hombres y cosas, y al no haber vivido bajo la influencia de principios claros y sólidos de orden religioso o político, hablan de las cosas como simples fenómenos que están completos en sí mismos y no conducen a nada, sin examinarlos ni enseñar verdad alguna al oyente a partir de ellos. Nadie afirmará que esas personas, bien informadas como son, hayan alcanzado una verdadera cultura del intelecto o una filosofía.

Ocurre lo mismo, pero de modo aún más llamativo, cuando estas personas son a todas luces gente de ca-

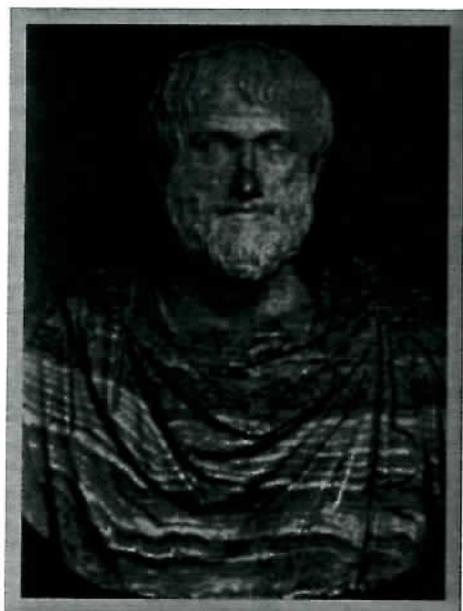


Goethe

pacidad inferior y educación deficiente. Han estado tal vez en países extranjeros, y recibido de manera pasiva, ociosa e infecunda, las numerosas experiencias que han tenido que vivir. Los marinos, por ejemplo, recorren el mundo de un extremo a otro, pero la diversidad de objetos externos que encuentran no llegan a formar en su imaginación un cuadro armónico y coherente. Ven el tapiz de la vida humana por el reverso, donde no expresa historia alguna. Duermen y se levantan, y se ven ahora en Europa y luego en Asia; contemplan panoramas de grandes ciudades y de regiones salvajes, se hallan entre emporios comerciales o en las islas del Sur, están ante la columna de Pompeyo⁴ o la cordillera de los Andes; pero nada de lo que miran les conduce a ninguna idea más allá del objeto mismo. Nada encierra para ellos una tendencia ni una relación. Nada contiene una historia o una promesa. Todo se sostiene por sí mismo, y va y viene a

⁴ Fue dedicada a Diocleciano a fines del siglo tercero, y se halla emplazada en uno de los lugares más elevados de Alejandría.

su ritmo, como las cambiantes escenas de un espectáculo, que dejan siempre al espectador en donde estaba. Tal vez os encontraréis a un hombre así en un determinado momento, y esperaréis verle sobrecogido o perplejo a causa de un suceso, pero una cosa le resulta equivalente a cualquier otra, y si se sorprende de algo, lo hace sin saber qué decir, sin saber si es correcto admirarlo, ridiculizarlo, o desaprobarlo, consciente de que se espera de él alguna opinión, porque en realidad carece de criterio para juzgar, y de puntos de referencia que puedan guiarle hacia una conclusión. He aquí la mera adquisición de conocimientos, a la que nadie osaría llamar saber filosófico.



Aristóteles

6

Ejemplos como estos confirman, por contraste, la conclusión que he deducido ya de los casos expuestos anteriormente: solo es extensión de la mente la capacidad de ver muchas cosas a la vez como una totalidad, de referirlas a su lugar apropiado en el sistema universal del saber, de entender su respectivo valor, y de determinar su dependencia recíproca. Así es la forma de ese saber universal que, asentado en el intelecto, constituye su perfección. Impregnada de esta verdadera iluminación, la mente nunca contempla un aspecto del saber sin tener en cuenta que es solo una parte, y sin las asociaciones que surgen del hecho. Hace que cada cosa lleve de algún modo a todas las demás, y comunica la imagen de la totalidad a las porciones separadas, hasta que el todo deviene en la imaginación como un espíritu que invade y penetra las partes del conjunto y les confiere un sentido preciso.

Igual que nuestros órganos corporales nos recuerdan, al mencionarlos, su función en el cuerpo, y que la palabra creación sugiere al Creador, y que el término

súbditos nos habla de un soberano, así en la mente del filósofo, tal como abstractamente lo estamos concibiendo, todos los elementos del mundo físico y moral, las ciencias, las artes, las actividades, los rangos, las funciones, los sucesos, las opiniones, las individualidades: todos son vistos como una realidad con funciones correlativas, cuyos elementos convergen gradualmente, por sucesivas combinaciones, en el verdadero centro.

Poseer incluso una porción de esta razón clarificadora y de esta auténtica filosofía es el estado más alto al que la naturaleza puede aspirar en el camino del intelecto. Es una condición que sitúa a la mente por encima de los influjos del azar y la necesidad, del suspense, la ansiedad, la inestabilidad y la superstición, que son el destino de tantos. Muchos hombres, cuya mente ha sido captada por un único objeto, se hacen idea exagerada de su importancia, devienen febriles al buscarlo, lo convierten en medida de cosas que le son completamente ajenas, y acaban confundidos y frustrados si se les escapa. Se encuentran siempre alarmados o llenos de entusiasmo. De otro lado, quienes no tienen un objetivo o principio por el que regirse pierden el camino a cada paso. Se ven confundidos y no saben qué pensar o decir en toda nueva coyuntura. No poseen estimación alguna acerca de personas, sucesos o hechos que les sobrevienen de repente, y por falta de recursos internos propios, se atienen a la opinión de otro.

Por el contrario, el intelecto que ha sido llevado a la perfección de sus capacidades, que sabe y piensa sobre lo que sabe, que ha aprendido a informar la densa masa de hechos y acontecimientos con la fuerza elástica de la razón, no puede ser parcial, ni exclusivista, ni precipitado, ni presa del desconcierto. Será en cambio paciente, recogido, y majestuosamente tranquilo, porque sabe discernir el fin en todo principio, el origen en todo fin, la ley en toda interrupción, y el límite en todo retraso; y porque conoce su sitio en todo momento, y sabe cual es su camino de un punto al otro. Es el tetragwgnos (espacio de cuatro ángulos) del peripatético,⁵ y posee el "nil admirari"⁶ del estoico: "Felix qui potuit rerum cognoscere causas/ atque metus omnes, et inexorabile fatum/ subjectit pedibus, strepitumque Acherontis avari".⁷

Hay hombres que, cuando se hallan en dificultades, conciben al momento vastas ideas y brillantes proyectos; que, bajo la influencia de la excitación, son capaces de arrojar una luz, como de inspiración, sobre un asunto o un curso de acción que surge ante ellos; que muestran una repentina presencia de ánimo a la altura de cualquier emergencia y obligada por la ocasión, así como una impávida y magnánima actitud, y una energía y agudeza que se intensifican con la misma oposición que encuentran. Esto es genio y heroísmo. Es el despliegue de un don natural que ninguna instrucción puede enseñar, y que ninguna institución puede señalarse como objetivo.

Aquí tenemos que ver, sin embargo, no con la me-

⁵ Cfr. Aristóteles, *Retórica* 1411b, y *Ética* a Nicómaco 1100b.

⁶ Horacio, *Epístolas* I, 6.

⁷ "Feliz el hombre que ha logrado conocer las causas de las cosas/ y ha colocado bajo sus pies todo temor, y el fatum inexorable/ y el ruido del avaro Aqueronte". Virgilio, *Geórgicas* II, 490-492.

ra naturaleza, sino con el entrenamiento y la enseñanza. Esa perfección del intelecto que es resultado de la educación, y bello ideal que debe impartirse a individuos según la medida de cada uno, es la visión y comprensión clara, serena y precisa de todas las cosas, en cuanto pueden ser abarcadas por una mente finita, cada una en su lugar, y con las características propias que le corresponden. Es un saber casi profético por el conocimiento de la historia, escrutador de los corazones por su conocimiento de la naturaleza humana, se aproxima a la caridad sobrenatural por su libertad respecto a la mezquindad y al prejuicio, tiene casi el reposo de la fe porque nada puede turbarlo; y posee también mucho de la belleza y armonía propias de la contemplación celestial, por su cercanía al eterno orden de las cosas y a la música de las esferas.

7

Si puedo dar ya por supuesto que el fin genuino y adecuado del entrenamiento intelectual y de una Universidad no es la simple instrucción o la adquisición de conocimientos, sino el pensamiento o la razón ejercidos sobre los saberes, o lo que podríamos llamar filosofía, me encuentro en condiciones de explicar los diversos errores y equívocos que perturban hoy el tema de la educación universitaria.

Si hemos de mejorar el intelecto, tenemos, en primer lugar, que ascender. No podemos lograr verdadero saber en un plano. Tenemos que generalizar, reducir las cosas a método, captar los principios fundamentales, y agrupar luego e informar lo adquirido por medio de esos principios. No importa si nuestro campo de operación es amplio o limitado. En cualquier caso, dominarlo supone situarnos por encima. ¿Quién no ha sentido irritación e impaciencia al visitar por vez primera un amplio y rico lugar de campo con ondulados senderos, altos setos, verdes hondonadas y espesos bosques, todo sonriente, pero en un laberinto? El mismo sentimiento nos domina en una ciudad extraña, cuando nos falta un mapa de sus calles. Por eso oímos hablar de viajeros expertos que, al llegar a un pueblo, suben a una colina alta o a la torre de la iglesia para reconocer el lugar que visitan. De igual modo, debéis estar por encima de vuestros conocimientos, no bajo ellos. De otro modo os oprimirán, y cuanto mayores sean, mayor será su peso. Las enseñanzas de un Salmasio⁸ o de un Burman⁹ os tiranizarán, a menos que las dominéis. "Imperat aut servit". Si las manejaís con brazo fuerte serán una gran arma. Pero si no es así, "Vis consilii expers/ Mole sua ruit".¹⁰ Os veríaís sepultados, como Tarpeia,¹¹ por la pesada riqueza arrancada a generaciones de tributarios.

Sobran ejemplos. Hay autores que son tan vacíos como inagotables en recursos literarios. Miden los conocimientos por el volumen, tal como aparecen en la cantera, sin simetría ni orden. ¡Cuántos son los comentaristas

⁸ Claudio Salmasio (1588-1653) fue un autor francés, experto en lenguas clásicas.

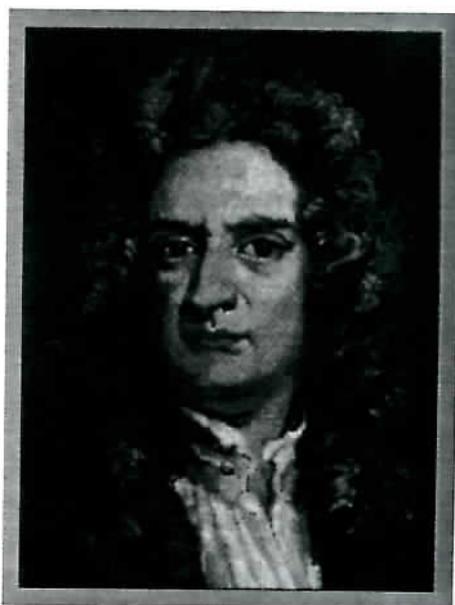
⁹ Pieter Burman (1668-1741) ejerció en Holanda como profesor de griego y latín.

¹⁰ "La fuerza sin sabiduría perecerá a causa de su propio peso". Horacio, *Odas* III, 4.

¹¹ Tarpeia entregó Roma a los Sabinos, según la leyenda, y en vez de recompensa, recibió la muerte a manos de ellos.

de los clásicos y de la S. Escritura cuyas obras terminamos de leer preguntándonos por la clase de saber que ha pasado ante nosotros! ¡Cuántos son los escritores de historia eclesiástica, como Mosheim¹² o Du Pin,¹³ que, al desmenuzar sus temas en detalles, destruyen su vida, y nos privan del conjunto debido a su preocupación por los fragmentos! Los sermones de los teólogos anglicanos del siglo XVII no pasan de ser, con gran frecuencia, meros repertorios de erudición.

También los católicos, desde luego, pueden leer sin pensar, y en su caso, como ocurre con los Protestantes, es también verdad que ese conocimiento no merece tal nombre, si no lo han dominado mediante el pensamiento ni lo han asimilado. Semejantes lectores se hallan poseídos por sus conocimientos, pero no los poseen. Es más,



Newton

se ven con frecuencia arrebatados por ellos, sin voluntad alguna por su parte. No olvidemos que la memoria puede tiranizar tanto como la imaginación. La locura ha sido considerada como una pérdida de control sobre la secuencia ordenada de las ideas. Una vez que se ha puesto en movimiento, la mente se ve privada en estos casos de su poder de impulso, y es víctima de un tren de asociaciones en el que un pensamiento sugiere otro, al modo de causa y efecto, como por un proceso mecánico o una necesidad física.

Nadie que tenga experiencia de hombres estudiosos dejará de reconocer un fenómeno paralelo en quienes han sobreestimulado la memoria. En estas personas, la razón actúa tan débil e impotentemente como en un demente. Una vez que han comenzado a tratar un asunto, pierden el poder de autocontrol. Sufren pasivamente la

¹² Cfr. Discurso segundo, n. 2

¹³ Luis E. Du Pin (1657-1719) fue un historiador francés, autor de una *Biblioteca de autores eclesiásticos* en 58 volúmenes.



Santo Tomás

sucesión de impulsos que se desarrollan a partir de una causa inicial, pasan de una idea a otra y avanzan decididamente, caminando a lo largo de una línea de pensamiento a pesar de las más amplias concesiones por parte del interlocutor, o apartándose de esa vía en una inacabable digresión, a pesar de las reservas de quien escucha. Si nadie envidia al loco por el colorido y originalidad de sus concepciones, tampoco hemos de encomiar el cultivo de un intelecto que ha sido presa, no de fantasías estériles, sino de hechos estériles, y de intrusiones arbitrarias desde fuera, aunque no se trate de mórbidas imaginaciones que vengan de dentro.

Al decir esto, no niego que una memoria fuerte y dispuesta no sea en sí misma un verdadero tesoro. No estoy denigrando a una mente bien equipada, aunque solo sea eso y con tal que actúe sobriamente, igual que nunca despreciaría una tienda de libros: resulta de gran valor para otros, aunque no lo tenga tanto para su poseedor. Tampoco expulso de mi Universidad ideal a los que han logrado conocimientos profundos y variados, pues enriquecen la institución a los ojos de todos. No constituyen, desde luego, el objetivo al que apuntamos, ni supone una gran ganancia para el intelecto ensanchar la memoria a expensas de facultades más altas.

8

No quiero decir que estos planteamientos limitados representen hoy una gran peligro de superinstrucción. El peligro se halla del otro lado. El error práctico de los últimos veinte años no ha consistido en sobrecargar la memoria del alumno con una masa de conocimientos indigeribles, sino obligarle a asimilar tanto, que ha terminado por rechazar todo. La equivocación estriba en haber distraído y debilitado la mente con una absurda pro-

fusión de temas; en haber supuesto que un barniz en doce ramas de estudio no significa superficialidad -como realmente es-, sino expansión del intelecto, que no es en absoluto; en haber considerado progreso, y no disipación de la mente, la familiaridad con los nombres científicos de cosas y personas, la posesión de decimales, la asistencia a brillantes conferencias, la pertenencia a instituciones científicas, y la visualización de experimentos y objetos de museo. Todo debe ser entonces aprendido de una vez, no una cosa primero y luego otra, no una cosa bien, sino muchas mal. El aprender se hace así sin esfuerzo ni atención; se hace sin fundamento, ni avance, ni fin. No hay en el proceso nada de individual. Aquí radica la maravilla de nuestro tiempo. Lo que hace la máquina de vapor con la materia, lo hace la imprenta con la mente. Actúa mecánicamente, y la gente se mostrará pasiva, ilustrada casi inconscientemente, ante la simple multiplicación y difusión de volúmenes impresos.

Tanto el escolar, como el alumno de universidad, o el mecánico de la ciudad, o el político en el senado, todos han sido víctimas, de un modo u otro, de este ridículo y pernicioso engaño. Hombres prudentes han alzado sus voces en vano, y a la larga, para que sus propias instituciones no se vieran postergadas y desaparecieran en la locura del momento, se han visto obligados, en la medida que podían hacerlo con buena conciencia, a transigir con una mentalidad a la que no podían resistir, y a aceptar concesiones sobre las que ironizaban interiormente.

No debe suponerse por lo que digo que me asuste la educación del pueblo. Por el contrario, cuanto más educación tenga la gente, mejor, con tal que sea educación genuina. Tampoco soy enemigo de la publicación barata de obras científicas y literarias, que está ahora tan de moda. La considero una gran ventaja, una comodidad y una ganancia para todos los que posean educación suficiente para usar bien esas obras. Considero además que esas distracciones inocentes que la ciencia y la literatura suministran pueden proporcionar una ocupación adecuada a los pensamientos y tiempo libre de gente joven, y ser un medio de mantenerlos alejados de actividades nocivas y malas compañías.

Por lo que respecta a ese conocimiento superficial de la química, la geología, la astronomía, la economía política, la historia moderna, la biografía, que es difundido por publicaciones periódicas, conferencias e instituciones científicas, pienso que es un logro afortunado y actualmente necesario para educar hombres y mujeres. Tampoco estoy despreciando o desanimando la detallada y completa adquisición de alguno de esos estudios, ni niego que pueda resultar en una verdadera educación de la mente. Me limito a llamar las cosas por su nombre y a no mezclar ideas que son esencialmente diferentes. Un profundo conocimiento de una ciencia y la superficial familiaridad con muchas no son lo mismo. La información ligera sobre cien asuntos o la memoria para el detalle no equivalen a una visión filosófica y comprensiva. Las distracciones no son educación, como tampoco los meros logros cuantitativos. No digáis que se debe educar a la gente, cuando solo queréis decir que hay que entretenerla, hacerla descansar, divertirla, ponerla de buen humor o protegerla de excesos.

No afirmo que estos objetivos, diversiones y ocupaciones de la mente no supongan una ganancia, pero no son educación. Podríais entonces llamar también educación al dibujo o la esgrima, a la botánica o a la ciencia de los moluscos. Disecar aves o tocar instrumentos de cuerda son un elegante pasatiempo y un recurso para el ocioso, pero no son educación, porque no forman ni cultivan el intelecto.

Educación es una palabra mayor, es la preparación para el saber, y la enseñanza de conocimientos en orden a esa preparación. Necesitamos ojos corporales para la vista exterior. Nos hacen falta tanto objetos como órganos intelectuales, y no podemos conseguirlos sin apretarnos a ello. No los logramos en el sueño o al azar. El mejor telescopio no nos permite prescindir de los ojos. La imprenta y las bibliotecas nos serán de gran ayuda, pero hemos de ser fieles a nosotros mismos y tomar parte activa en la tarea. Una Universidad es, según su denominación usual, un Alma Mater, que conoce a sus hijos uno a uno. No es un asilo, ni una casa de la moneda, ni una fábrica.

9

Les aseguro que si yo hubiera de elegir entre una pretendida universidad, que no exige residencia ni asistencia tutorial, y que confiere sus grados a cualquier persona que pase un examen en un amplio conjunto de materias, y una universidad que no tuviera profesores ni exámenes, sino que se limitara a educar un número determinado de hombres jóvenes durante tres o cuatro años, y luego los despidiera, como la Universidad de Oxford ha hecho, según se dice, desde hace sesenta años: si se me preguntase cuál de los dos métodos supone la mejor disciplina para el intelecto -no hablo de cuál sea el mejor moralmente, pues es obvio que el estudio ordenado debe ser un bien, y la indolencia un defecto intolerable-, si tengo que determinar cuál de los dos caminos resulta el más apto para entrenar, modelar y extender la mente, cuál enviará a la sociedad hombres más preparados para sus deberes seculares, cuál producirá mejores hombres públicos, hombres de mundo cuyos nombres puedan recordarse en la posteridad, no dudo un momento en dar mi preferencia a esa Universidad que aparentemente no hizo nada sobre la que exigía de sus miembros un conocimiento de toda ciencia.

Y aunque esta afirmación pueda resultar paradójica, si los resultados son un test de los sistemas, es patente que las escuelas públicas y los colleges de Inglaterra en el trascurso del siglo pasado sostienen una de las partes del contraste, tal como lo he dibujado. Lo que ocurriría, de otro lado, con los sistemas de educación que han fascinado la imaginación de esta edad, en caso de que fueran efectivos, y si no producirían una generación frívola, estrecha de mente y carente de recursos intelectuales, es un buen tema de discusión.

Pero una cosa es cierta: las universidades e instituciones escolares a las que me he referido, que han hecho poco más que reunir primero niños y luego adolescentes en gran número, con todos sus lamentables defectos en el terreno moral, con un Cristianismo vacío, y un código ético pagano, pueden enorgullecerse al menos de una su-



Interior de Santa María de Oxford antes de un sermón (dibujo de 1835).

cesión de héroes y estadistas, de literatos y filósofos, de hombres conspicuos por sus virtudes humanas, sus hábitos de negocios, su conocimiento de la vida, su prudencia, su gusto refinado, y por logros que han hecho de Inglaterra lo que es. Han sido hombres capaces de someter la tierra, y de dominar sobre los católicos.

¿Cómo se explica este hecho? Supongo que del siguiente modo: cuando una multitud de hombres jóvenes, agudos, generosos, alegres y cumplidores, como suelen ser los jóvenes, se ven juntos y entran en libre contacto unos con otros, aprenderán, sin duda, recíprocamente, incluso aunque nadie les enseñara. La conversación de todos es para cada uno como una serie de lecciones, en las que adquiere nuevas ideas y puntos de vista, fresco material de pensamiento, y principios precisos para juzgar y actuar día a día.

Un niño tiene que aprender el significado de la información que le proporcionan sus sentidos, y ésta parece ser su ocupación. Se imagina cercano a él todo lo que los ojos le presentan, hasta que se da cuenta de lo contrario, y averigua así, con la práctica, las relaciones y usos de los primeros elementos de conocimiento que son necesarios para su existencia física. Una enseñanza análoga es necesaria para nuestro ser social, y se lleva a cabo en el marco de una escuela o un college. Este efecto puede llamarse con propiedad una expansión de la mente. Supone ver el mundo en un pequeño campo con poco esfuerzo, pues los alumnos proceden de lugares muy dife-

rentes y traen ideas ampliamente diversas. Hay por tanto mucho que generalizar, mucho que ajustar y eliminar, hay relaciones mutuas que definir, y reglas que establecer, en el proceso por el que todo el grupo se hace una sola cosa, y adquiere un tono y un carácter.

Ha de quedar claro que no tengo en cuenta ahora consideraciones morales o religiosas. Afirmando únicamente que la joven comunidad formará un todo, encarnará una idea específica, representará una doctrina, administrará un código de conducta, y suministrará principios de pensamiento y acción. Dará nacimiento a una enseñanza viva que, con el tiempo, tomará la forma de una tradición que se autoperpetúa, o de un *genius loci*, como a veces se le llama. Se trata de un espíritu que habita la casa donde nació, y que imbuye e informa en mayor o menor grado, y uno por uno, a todo individuo que es acogido bajo sus alas.

Es así como, independientemente de una instrucción directa por parte de los profesores, existe una especie de autoeducación en las instituciones académicas de la Inglaterra protestante; se encuentra en ellas un tono característico de pensamiento, así como un nivel reconocido de juicio, que al desarrollarse en los individuos deviene una doble fuente de fortaleza, por la clara huella que imprime en sus mentes y por el lazo de unión que crea entre ellos y los demás. Son efectos compartidos por las autoridades de la institución, pues también ellas han sido educadas allí, y han estado siempre bajo el influjo de su ambiente ético.

He aquí, por tanto, una enseñanza genuina, al margen de sus criterios y principios, verdaderos o falsos. Por lo menos tiende hacia el cultivo del intelecto, por lo menos reconoce que el saber es algo más que una recepción pasiva de fragmentos y detalles. Es algo real y hace algo real, que nunca resultaría de los esfuerzos más exigentes de un grupo de enseñantes sin afinidades recíprocas ni contacto anímico, o de un grupo de alumnos que no les conocen, y que no se conocen entre sí, en torno a un amplio número de temas diferentes y no conectados por una visión filosófica de conjunto, tres veces a la semana, o tres veces al año, o una vez en tres años, en aulas frías o en pomposos aniversarios.

10

La autoeducación en cualquier forma y en el sentido más restringido del término, es preferible a un sistema de enseñanza que pretendiendo tanto hace tan poco por la mente. Cerrad las puertas de vuestro college a quien busca el saber, dejadle entregado a la búsqueda y esfuerzos de su propio intelecto, y así ganará por ahorrarse la entrada en vuestra Babel. Hay pocos que puedan prescindir del estímulo y ayuda de instructores, y apenas harán algo si se les deja solos. Y son menos aún los que a partir de estos esfuerzos realizados sin ayuda de nadie, no consigan autoconfianza y autoestima, que no son solo defectos morales, sino serios obstáculos para alcanzar la verdad. Y casi ninguno habrá, o ninguno, que no advierta de vez en cuando la desventaja que padece, por su base precaria, los hiatos, deficiencias e irregularidades de sus conocimientos, y por lo excéntrico de

sus opiniones y la confusión de principios que manifiestan.

Con frecuencia se mostrarán ignorantes de lo que todo el mundo sabe y da por supuesto, de esa multitud de pequeñas verdades que caen sobre la mente como el polvo, impalpable y siempre en aumento. Pueden verse incapaces de conversar, pueden argumentar mal, pueden enorgullecerse en sus peores paradojas y más vulgares truismos. Pueden estar llenos de su propio modo de ver las cosas, reacios a abandonar su camino, y lentos para entrar en la mente de otros. Pero con estos y con otros defectos en su cabeza, tendrán probablemente más pensamiento, más intelecto, más filosofía, y más verdadera expansión mental, que esos hombres serios y estériles que se ven forzados a llenar sus mentes con un conjunto de asuntos con vistas a un examen, que llevan demasiado entre las manos como para ocuparse en pensar o investigar, que devoran con ansia premisas y conclusiones, que saben ciencias enteras gracias a la fe, y confían demostraciones a la memoria, que muy frecuentemente, como era de esperar, cuando ha terminado su período de educación, arrojan de sí con disgusto todo lo aprendido, no habiendo ganado nada con sus duros esfuerzos, excepto tal vez un hábito de aplicación.

Y esta es, sin embargo, la muestra mejor producida por ese ambicioso sistema que se ha abierto camino entre nosotros en los últimos años. Porque sus resultados en intelectos corrientes y en el tipo medio de estudiante son todavía menos satisfactorios. Dejan el centro de enseñanza simplemente disipados y distraídos por el gran número de temas, que nunca han llegado a dominar, y tan superficiales que ni siquiera reparan en su superficialidad. ¡Cuánto mejor es para una mente activa y reflexiva evitar del todo el college o la Universidad, que sujetarse a una rutina tan innoble y a una burla tan ofensiva! ¡Cuánto más provechoso para una mente independiente, después de recibir los rudimentos de la educación, circular por una biblioteca, tomando los libros que se ofrecen a su atención, y siguiendo las mociones de pensamiento que le sugiere su ingenio! ¡Cuánto mejor vagar por los campos, y encontrar allí, con el Príncipe exilado, "lenguas en los árboles y libros en los arroyos"!¹⁴

¡Cuánto más genuina es la educación del niño pobre del poema¹⁵ - uno de los más conmovedores de nuestro idioma, en concepción y composición -, que no en el ancho mundo, sino día a día, en torno a la casa de su madre viuda, como "un diestro espigador" en un campo estrecho, y solo con el modesto equipo "que la escuela y unos pocos libros le facilitaban", consiguió hacerse una filosofía y una poesía propias a partir de la playa, el muelle, los barcos de pesca, el fuego de la posada, la tienda del comerciante, el sendero del pastor, y la choza del contrabandista, y el panteón húmedo, y las estridentes gaviotas, y las olas incansables!

¹⁴ Es el duque de la comedia de W. Shakespeare *A vuestro gusto* (2, 1, 6).

¹⁵ Se refiere a una obra del poeta realista inglés George Crabbe (1754-1832).

Discurso Séptimo

EL SABER CONSIDERADO EN RELACION CON LA PREPARACION TECNICA

1

He insistido en mis dos anteriores discursos, primero, en el cultivo del intelecto, como fin que puede ser razonablemente buscado por sí mismo; y segundo, en la naturaleza de ese cultivo, y aquello en lo que consiste. La verdad, del tipo que sea, es el objeto propio del intelecto. Cultivar el intelecto significa por tanto hacerlo apto para aprehender y contemplar la verdad. Pero el intelecto en su estado presente, con excepciones que no vienen al caso, no discierne la verdad de modo intuitivo, o como un todo. Conocemos, no mediante una visión simple y directa, ni de una mirada, sino, por así decirlo, poco a poco y por acumulación, por un proceso mental, dando vueltas en torno al objeto, por comparación, combinación, corrección mútua y adaptación continua de muchas nociones parciales, y por el uso, concentración y acción conjunta de muchas facultades y operaciones de la mente.

Esta unión y este concierto de poderes intelectuales, esta extensión y desarrollo, esta comprehensividad, son necesariamente cuestión de entrenamiento. Este entrenamiento es a su vez una cuestión de reglas. No es la simple aplicación, por ejemplar que sea, lo que conduce la mente a la verdad, ni la lectura de muchos libros, ni la ocupación en muchas disciplinas, ni el presenciar muchos experimentos o asistir a muchas conferencias. Todas estas actividades no llegan a ser suficientes. Una persona puede hacerlas en su totalidad y permanecer todavía en el vestíbulo del saber. Puede no darse cuenta de lo que dicen sus labios, puede no ver con la mirada interior lo que tiene delante, puede no captar las cosas en su verdadera realidad, o carecer al menos de capacidad para avanzar un paso más allá de sí mismo en base a lo que ya ha adquirido, y estar falto también de poder para distinguir la verdad y el error, separar el grano de la paja, ordenar las cosas de acuerdo con el valor real de cada una, y -si puedo usar esta frase- construir ideas.

Semejante capacidad es el resultado de la formación científica y rigurosa de la mente, es una facultad adquirida de juicio, lucidez, sagacidad, sabiduría, alcance filosófico de la mente, autoposesión intelectual y reposo, cualidades todas ellas que no derivan de la simple adquisición de conocimientos. El ojo corporal, que es el órgano para ver los objetos materiales, se nos da por naturaleza. El ojo de la mente, cuyo objeto es la verdad, es obra de la disciplina y el hábito.

Este proceso de entrenamiento, por el que el intelecto, en vez de ser asimilado o sacrificado a un determinado fin particular o accidental, a un oficio, estudio o ciencia concretos, es por el contrario educado en aras de sí mismo, para la percepción de su objeto propio y su más alto cultivo, se llama educación liberal. Y aunque no hay nadie en quien tal proceso pueda desarrollarse todo

lo concebible, o cuyo intelecto resulte un modelo de lo que todos los intelectos deberían llegar a ser, cualquier persona es capaz, sin embargo, de hacerse una idea de lo que este entrenamiento mental supone, y puede buscarlo y convertirlo en su modelo de distinción intelectual. Son muchos, en efecto, los que pueden someterse a él y procurárselo en alta medida. Pienso, en suma, que proponer el nivel mental adecuado, educar de acuerdo con él, y hacer que todos los alumnos avancen hacia él según la propia capacidad, son los objetivos de una Universidad.

2

Pero hay hombres eminentes que no lo concederán fácilmente. Insisten en que la educación debe limitarse a algún fin particular y concreto, y desembocar en un resultado que se pueda pesar y medir. Argumentan como si toda cosa y toda persona, tuvieran su precio; y piensan que donde ha habido una gran inversión, existe el derecho a esperar un gran resultado. Consideran que este planteamiento equivale a hacer útiles la educación y la instrucción, y su término clave es utilidad. Equipados con un principio fundamental de esta naturaleza, proceden lógicamente a preguntar con qué se justifican los gastos de una Universidad, y cuál sea el valor real en el mercado del artículo llamado "educación liberal", dado que esta educación no nos enseña cómo vender nuestros productos, o cómo mejorar nuestras tierras y nuestra economía, ni tampoco hace inmediatamente de este hombre un abogado, ni de los otros un ingeniero o un médico, ni conduce, al menos, a descubrimientos en química, astronomía, geología, magnetismo, etc.

Este asunto, como era de esperar, ha sido vivamente discutido en nuestro tiempo, y se ha convertido en un tema importante de controversia, al que ya me he referido en la introducción a estos discursos. De un lado se ha pronunciado sobre él una famosa revista del norte¹ en la primera década del siglo, y lo han hecho, de otro lado, los defensores de la Universidad de Oxford. Apenas las autoridades de esa antigua sede del saber, despertando de un largo período de incuria, habían puesto en marcha un plan para la educación de los jóvenes que tenían encomendados, los representantes de ciencia y literatura de la ciudad que ha sido llamada a veces la Atenas del norte, objetaron con serios argumentos y la más brillante sátira, contra la dirección y el estilo que la reforma había tomado.

Nada podía satisfacerles excepto que la Universidad se edificase sobre el fundamento de la filosofía de la utilidad, una filosofía que, en su opinión, bastaba proclamar para que fuera abrazada por todos. En realidad, no eran conscientes de la profundidad y fuerza de los principios en los que se apoyaban las autoridades académicas oxonienses, y por eso no era de esperar que pudieran moverse cómodamente en el campo de controversia que habían elegido. Consiguientemente se vieron impugnados, por parte de la Universidad, por dos hombres de gran nombre e influencia, de mente muy distinta, pero unidos por los lazos colegiales y por la lúcida y amplia visión que adoptaron acerca de la educación liberal. La defensa de los estudios de Oxford, reali-

¹ Se refiere a la Edinburgh Review, que se caracterizaba por sus ideas liberales y críticas.

zada por ambos, ha mantenido su terreno hasta el día de hoy.

3

Permitidme que dedique algunas palabras a la memoria de personas eminentes, bajo la sombra de cuyo nombre viví por un tiempo, y de cuyas ideas me he beneficiado siempre. En el corazón de Oxford hay un pequeño terreno, aprisionado por caminos públicos, que ha sido propiedad y casa de una sociedad a lo largo de quinientos años. En tiempo de Bonifacio VIII² y Juan XXII,³ en la edad de Duns Escoto, Occam y Dante, antes de que Wiclif o Huss encendieran aquellos tristes incendios que todavía se extienden para ruina de los más altos intereses del hombre, un desgraciado rey de Inglaterra, Eduardo II,⁴ huyendo del campo de Bannockburn, se dice que hizo voto a la Virgen, de fundar en su honor una casa religiosa, si conseguía salvar su vida. Urgido y ayudado por su capellán, el rey decidió edificar esta casa en la ciudad de Alfredo,⁵ y la imagen de nuestra Señora, situada en el lado opuesto de la entrada, es hasta hoy prenda del voto y de su cumplimiento. Rey y capellán dejaron hace mucho tiempo este mundo, y extraños han entrado en posesión de su herencia, su credo ha sido olvidado, y sus sagrados ritos repudiados, pero diariamente un memento es todavía hecho en el Santo Sacrificio por un sacerdote católico, miembro un tiempo de ese college, por las almas de los benefactores católicos que le alimentaron durante muchos años.⁶

El visitante, cuya curiosidad ha sido estimulada por la fama presente de la institución, contempla tal vez con una cierta decepción un conjunto de edificios que no poseen excesiva dignidad o riqueza. Anchos patios cuadrados, altos muros y habitaciones, historiados claustros, magníficos paseos y jardines umbrosos, una multitud de estudiantes, amplios ingresos y una historia gloriosa: ninguna de estas cosas se encontraba en la vieja fundación católica, nada, en una palabra, que al visitante corriente de hace sesenta años sugiriese lo que el centro iba a ser. Pero existía entonces un espíritu dentro de la fundación que, en su aparente insignificancia, permitió a sus miembros hacer lo que ningún otro cuerpo pudo igualar.

Se trataba, no de un don complicado o de una cualidad extraordinaria, pero sí de una virtud poco frecuente, como es el propósito honesto de administrar la confianza depositada en ellos del modo que aparecía ante su conciencia como el mejor. Así, mientras los Colleges de Oxford son corporaciones que se autoeligen, de manera que los fellows de cada uno reservan perpetuamente para sí mismos las vacantes que se producen entre ellos, los miembros de esta fundación determinaron, cuando por mala costumbre o viejos estatutos no se hacía en ningún otro lugar, abrir sus fellows a la opción de cualquier candidato, y prescindir en la selección de sus colegas de

todo motivo y sentimiento personal, de conexiones familiares, de amistades, clientelas e intereses políticos, de pretensiones locales, prejuicios y celos partidistas, y elegir únicamente en base a consideraciones públicas y desinteresadas.

Con una notable independencia de mente, resolvieron además que tampoco el cuadro de honores, concedidos al mérito académico por la Universidad según un nuevo sistema de exámenes por grados, debía mediatizar su juicio de electores, sino que a todo riesgo y sin importarles las posibles críticas ni las antipatías en que pudieran incurrir, elegirían candidatos, fueran quienes fueran, para ser como hijos de su fundador, es decir, hombres que por sus cualidades intelectuales y morales le hubieran agradado, en caso de hallarse aún entre los vivos, hombres capaces de honrar su fundación y de promover los objetivos más queridos a su corazón. Estas personas no prometían ser los discípulos de un bajo Utilitarismo, y consiguientemente, como la reforma colegial de que hablamos coincidió con la del gran cuerpo académico en el que desempeñaban un papel importante, no es de extrañar que, al desatarse sobre la Universidad la tormenta procedente del Norte, su Alma Mater encontrara sus primeros defensores dentro de los muros de aquel pequeño College, que se había puesto antes que otros en condiciones de ser su campeón.

Estos defensores fueron dos, de los que el más distinguido fue el ya desaparecido Dr. Copleston,⁷ entonces fellow del College, luego su Presidente, y finalmente Obispo protestante de Llandaff. En ese centro, que tanto le debe, vive y siempre vivirá su nombre, por la distinción que sus talentos le conferían, por la importancia académica a la que elevó el college, y por el espíritu generoso, la liberalidad de sentimientos y la gentileza de corazón, con que lo adornó, y que incluso los que menos simpatías albergan hacia algunos aspectos de su mente y de su carácter no podían sino admirar y amar. Los hombres llegan a su apogeo en diversos momentos de su vida.

Los últimos años de la persona de quien hablo fueron dedicados a responsabilidades que le hicieron muy querido a gentes numerosas, pero que no le dieron ocasión de manifestar el vigor y la agudeza de mente que en su juventud le habían permitido, en solitario y con gesto galante, resistir y vencer el ataque de los tres gigantes del Norte unidos contra él. Creo tener razón si afirmo que, en el curso de la controversia, el más científico, el más crítico, y el más ingenioso de aquel grupo de escritores - todos ellos, como Copleston, ya desaparecidos-, el Profesor Playfair, Lord Jeffrey, y el Reverendo Sydney Smith,⁸ aunaron sus esfuerzos en un artículo de su Revista, dirigido a aplastar y reducir a polvo al osado polemista que

⁷ Edward Copleston (1776-1849) fue presidente de Oriel College desde 1814 hasta 1827, año en que fue nombrado Obispo de Llandaff.

⁸ John Playfair (1740-1819) era matemático y geólogo, gran crítico de lo que consideraba deficiencias de la educación impartida en Oxford y Cambridge.

Lord Francis Jeffrey (1773-1850), crítico literario escocés, que dirigió por un tiempo la *Edinburg Review*.

Sydney Smith (1771-1845) era un gran adversario de otorgar demasiada importancia a los estudios clásicos en la educación. Fue el primer editor de la *Edinburg Review*.

² Fue Papa desde 1294 a 1303.

³ Papa desde 1316 a 1334.

⁴ Eduardo II (1284-1327) fundó, según las crónicas, un monasterio carmelita en Oxford.

⁵ Se trata de Oxford. Alfredo el Grande murió en el año 899.

⁶ Oriel College fue fundado por Adam de Brome, capellán de Eduardo II, en 1324.

se había opuesto a ellos, en defensa de su propia institución. Haber combatido con semejantes hombres era ya garantía suficiente de habilidad, antes incluso de leer sus escritos y tener demostración concreta del buen sentido, el humor, el gusto intelectual y la pureza de estilo que los distinguen.

Copleston se vió apoyado en la controversia, sobre la base de los mismos principios generales, pero con más método y claridad, y fuerza, belleza y perfección mayores, tanto de pensamiento como de lenguaje, por el otro distinguido escritor que ya he mencionado, Mr. Davison.⁹

Aunque menos conocido en aquellos momentos, Davison dejó tras de sí un legado intelectual más extenso que el del Presidente de Oriel. Este hombre reflexivo, que fue amigo íntimo y admirado de una persona eminente a quien, lo quiera o no, muchos veneran y aman como el autor primordial del subsiguiente movimiento dentro de la Iglesia Protestante hacia el Catolicismo,¹⁰ este serio y filosófico escritor, cuyas obras no puedo leer sin lamentar que se perdiera para la Iglesia católica, como el Dr. Butler antes que él por algún temprano prejuicio o falta de autoeducación, en un comentario a un obra de Mr. Edgeworth¹¹ sobre educación profesional, que atrajo mucha atención en su día, se detiene con calma sobre el mismo terreno que ya había sido atravesado con rapidez por el Dr. Copleston, y aunque ocupado en la obra de Mr. Edgeworth, se dedica en realidad a replicar al crítico del Norte, que había dirigido las miradas hacia dicha obra, y a replicar también a otro escritor más célebre que ambos, y que tiempo atrás había argumentado en idéntico sentido.

4

El autor al que aludo no es otro que Locke. Este conocido filósofo ha precedido a los escritores de Edinburgo en la condenación de los temas corrientes en los que son instruidos los niños, porque, según él, no los necesitan en sus años posteriores. Antes de citar lo afirmado por sus discípulos en este siglo, mencionaré algunos pasajes del maestro. "Es motivo de asombro -dice en su libro sobre educación-¹² que hombres de calidad y talento soporten ser tan engañados por la costumbre y la fe implícita. La razón, si es bien consultada, les aconsejará que el tiempo de sus hijos se invierta en adquirir lo que pueda serles útil cuando lleguen a hombres, en vez de llenarles la cabeza con trivialidades, en las que muy probablemente no volverán a pensar más a lo largo de su vida, y por las que serán peores en la medida en que quedan dentro de sus mentes."

Hablando de la composición de versos, dice: "No sé por qué razón pueda desear un padre que su hijo sea poeta, salvo que quiera verlo desafiar a todas las demás

profesiones y actividades. Lo cual no es todavía lo peor, porque si el hijo demuestra ser un buen rimador y logra una reputación de ingenio, me pregunto en qué lugares y entre qué compañías pasará muy probablemente su tiempo, dado que no suele verse a nadie que descubra minas de oro o de plata en el Parnaso. Tiene una brisa agradable, pero un suelo estéril".

En otro lugar, limita claramente la utilidad en la educación al influjo de ésta sobre la profesión futura o el oficio del alumno, y ridiculiza la idea de toda educación del intelecto como tal. "¿Puede haber algo más ridículo -se pregunta- que el hecho de que un padre malgaste su propio dinero, y el tiempo de su hijo, en ponerle a aprender el idioma de los Romanos, cuando a la vez lo destina a un trabajo en el que, al no necesitar del latín, no dejará de olvidar lo poco que aprendió en la escuela, mientras abomina de ello por los malos ratos que le procuró? ¿Podría creerse, si no hubiera ejemplos por todas partes, que un niño pueda ser obligado a aprender los rudimentos de un idioma que nunca usará en el curso de la vida prevista para él, y descuidar mientras tanto la buena escritura y el hacer cuentas, que son actividades muy ventajosas en todas las situaciones de la vida, y completamente indispensables en cualquier oficio?"

Nada, desde luego, puede resultar más absurdo que descuidar en la educación las actividades necesarias para la futura dedicación del niño, pero el tono de las afirmaciones de Locke implica más cosas, y condena en realidad toda enseñanza que tienda al desarrollo general del intelecto.

Volvamos ahora a los discípulos modernos de Locke. El estudio de los clásicos se había convertido en la base de la educación de Oxford, en las reformas que he mencionado, y los escritores de Edinburgo se apresuraron a objetar, en el espíritu de Locke, que nada bueno se derivaría de un sistema no basado en el principio de Utilidad. "La literatura clásica -decían- es el gran objetivo de Oxford. Muchas cabezas ocupadas en tal objetivo han producido obras numerosas y gran fama en ese terreno, pero si todas las ciencias y artes liberales que son útiles para la vida humana, se hubieran enseñado allí, si unos profesores se hubieran dedicado a la química, otros a las matemáticas, otros a la filosofía experimental, y si todo lo que se hubiera valorado según el criterio conjunto de su dificultad y utilidad, el sistema de ese lugar habría resultado mucho más valioso, y algo menos el esplendor de su nombre".

La utilidad puede erigirse en fin de la educación en dos sentidos: en relación al educando individual, o a la comunidad en su conjunto. ¿En qué sentido la consideran esos escritores? En el segundo. En este aspecto difieren de Locke, pues estiman que el progreso de la ciencia debe ser el supremo y verdadero fin de una Universidad. Esta tesis se expresa muy bien en los textos que siguen.

"Cuando una Universidad ha estado haciendo cosas inútiles por largo tiempo, le parecerá al principio degradante ser un centro útil. Una serie de conferencias sobre economía política se vería no estimulada en Oxford, probablemente despreciada, y probablemente no permitida. Analizar el cierre de terrenos comunales, estudiar

⁹ John Davison (1777-1834) fue elegido fellow de Oriel College en 1800.

¹⁰ Se refiere al Tractariano John Keble (1792-1866), que en 1833 inició, junto con Newman, el Movimiento de Oxford.

¹¹ Richard L. Edgeworth (1744-1817) fue un conocido inventor de máquinas y autor de obras educativas.

¹² Cfr. Some Thoughts concerning Education, Works VIII, 86-7.

las importaciones y exportaciones, acercarse tanto a la vida ordinaria, les parece indigno y despreciable. De igual modo, los Parr o los Bentley del momento se escandalizarían en una Universidad que los colocase al nivel del descubridor de la sal neutra. Y sin embargo, ¿qué otro criterio de dignidad existe en el trabajo intelectual sino el de utilidad? ¿Y qué debe significar el término Universidad, sino un lugar donde se enseña toda ciencia que sea liberal, y al mismo tiempo útil para la humanidad? Nada ayudaría tanto a colocar la literatura clásica dentro de sus propios límites como un sólido e invariable llamamiento a la utilidad, en nuestra apreciación de todo conocimiento humano... Atendiendo siempre a la utilidad real como nuestra guía, contemplaremos con igual agrado a una mente estudiosa e inquisitiva que sistematiza las producciones de la naturaleza, investiga las cualidades de los cuerpos, o domina las dificultades de las lenguas. No debe importarnos si se trata de un químico, un naturalista o un investigador de archivo, porque juzgamos tan necesario que la materia se estudie y someta para utilidad del hombre, como que el gusto se gratifique, y la imaginación se encienda".

He aquí el enunciado de la teoría de la Utilidad en educación, que tanto por sí misma, como por los hombres eminentes que la han defendido, tiene derecho a la atención de aquellos cuyos principios represento aquí. Es desde luego sofisticado proponer que solamente lo útil merece ser buscado, y que la vida no es suficientemente larga como para ser empleada en llamativas, curiosas, o brillantes trivialidades. Y en cierto sentido concedo que es más que sofisticado: es verdadero. ¿Cómo me propongo entonces hacer frente a la objeción? Pienso que ya la he respondido al afirmar que la cultura intelectual constituye su propio fin, dado que lo que tiene su fin en sí mismo, tiene también en sí mismo su uso. Digo que si la educación liberal consiste en el desarrollo del intelecto, y si ese desarrollo es un bien en sí, tenemos ya aquí, sin ir más adelante, una respuesta a la pregunta de Locke. Pues si un cuerpo sano es un bien en sí, ¿porqué no ha de serlo un intelecto sano? Y si un colegio de médicos es una institución útil porque se ocupa de la salud corporal, ¿porqué no ha de serlo un cuerpo académico, aunque solo fuera por ocuparse de proporcionar vigor y belleza y capacidad de comprender a la porción intelectual de nuestra naturaleza?

Los escritores que cito parecen aceptarlo en sus mejores momentos, en un pasaje que, aparte de su justicia con los hechos, es correcto y verdadero respecto a los principios a los que se apela. "La situación actual de la educación clásica -dicen- cultiva demasiado la imaginación, y demasiado poco otros hábitos de la mente, y entrena a muchos jóvenes en un estilo de elegante imbecilidad, que es del todo indigna de los talentos con que la naturaleza les ha dotado... El hecho es que un titulado clásico de veintitrés o veinticuatro años es un hombre acostumbrado a trabajos de imaginación. Sus sentimientos son agudos, su fantasía vivaz, y su gusto correcto. Pero no posee talento alguno para la especulación ni la investigación original, ni ha conseguido el inapreciable hábito de llevar las cosas hasta sus primeros principios, o de reunir hechos áridos e inatractivos como materia prima para su razonar. Todos los aspectos sólidos y masculinos de su entendimiento permanecen completamente sin desarrollo. Odia el esfuerzo de pensar, y desconfía de todo el que, con audacia y originalidad, le invita a defender sus opiniones y demostrar sus juicios".

No me interesa ahora la cuestión concreta de la educación clásica. De otro modo, podría discutir razonablemente la justicia de llamar imaginativa a una disciplina intelectual que abarca el estudio de Aristóteles, Tucídides, y Tácito, y que se interesa por la investigación y el estudio de la Antigüedad. Concedo con gusto, de todas formas, que el desarrollo del "entendimiento", de un "talento para la especulación y la investigación original", y del "hábito de llevar las cosas hasta sus primeros principios" son aspectos cruciales de una buena educación, o educación liberal.

Si estos escritores consideran que este cultivo de la mente es una característica de una educación útil, como parecen hacer en el texto citado, se sigue que denominan útil exactamente a lo que yo llamo "bueno" o "liberal", y la pregunta de Locke se convierte así en meramente verbal. Si los jóvenes deban aprender latín o composición poética dependerá de si tales estudios tienden a proporcionar cultura intelectual, pero es evidente que en esa cultura mental estriba lo que he llamado educación liberal o no-profesional, y que esos autores llaman educación útil.

Esta es la obvia respuesta que puede darse a quienes nos recuerdan los derechos de la Utilidad en nuestros planes educativos, pero no voy a dejar aquí el tema, sin plantear antes una perspectiva más amplia de él. Si tomamos el término "útil", como lo emplea Locke, en un sentido propio y popular, nos introducimos en un amplio campo de pensamiento, al que no puedo hacer justicia en un discurso. Tomemos la palabra "útil" no solo en cuanto significa lo que es bueno, sino también lo que tiende al bien o es instrumento del bien. Trataré de mostrar cómo también en este sentido una educación liberal es verdadera y plenamente una educación útil, aunque no sea profesional.

"Bien" significa una cosa, y "útil" significa otra. Pero establezco como principio, lo cual nos ahorrará muchos cuidados, que aunque lo útil no siempre es bueno, lo bueno siempre es útil. Lo bueno no es solamente bueno, sino originante de bienes. Este es uno de sus atributos. Nada es excelente, bello, perfecto y deseable por sí mismo, que no se desborde y difunda en torno su propia semejanza. El bien es fecundo. No solo resulta bueno a la vista, sino también al gusto. No solo nos atrae, sino que se comunica. Enciende primero nuestra admiración y nuestro amor, y luego nuestro deseo y nuestra gratitud, y lo hace en proporción a su intensidad y plenitud. Un gran bien impartirá un gran bien. Si el intelecto es un aspecto tan excelente de nuestro ser, y su desarrollo resulta tan magnífico, no es solo bello, perfecto, admirable y noble en sí mismo, sino que también será útil a su poseedor y a todos los que le rodean, en un auténtico y elevado sentido del término. No digo útil en un sentido vulgar, mecánico y mercantil, sino como un bien que se difunde, o una bendición, o un don, un poder o un tesoro, primero para quien lo posee, y a través de él para el mundo entero. Si una educación liberal es buena, debe necesariamente ser también útil.

Entenderéis lo que digo por el paralelismo con la salud corporal. La salud es un bien en sí, aunque nada derive de ella, y merece ser buscado y conservada. Pero, en definitiva, las bendiciones que acompaña su presencia son tan grandes, se hallan tan próximas a ella, y de tal modo repercuten sobre ella y la rodean, que nunca pensamos en

ella sino como útil y buena, y la alabamos y estimamos por lo que hace y por lo que es, aunque no podamos señalar ninguna obra o producción concreta que lleve a cabo.

También en lo que respecta a la cultura intelectual, estoy muy lejos de negar su utilidad, en un sentido amplio, como fin de la educación, cuando afirmo que el desarrollo del intelecto es un bien en sí, y constituye su propio fin. No excluyo de la idea de cultura intelectual aquello que, por la misma naturaleza de las cosas, se contiene allí. Niego solamente que debamos señalar, antes de poderla llamar útil, alguna actividad, negocio, profesión u oficio, como resultante de ella, y como su real y completo fin.

El paralelo resulta exacto: así como el cuerpo puede ser sacrificado a un esfuerzo manual o de otra clase, sea moderado o violento, también el intelecto puede entregarse a una profesión específica, a la que entonces yo no denomino cultura del intelecto. Igual que un órgano determinado del cuerpo puede ser usado y desarrollado desordenadamente, también pueden serlo la memoria, o la imaginación, o la facultad de razonar, y tampoco esto es cultura intelectual. De otro lado, como el cuerpo puede ser atendido, tratado solícitamente, y ejercitado con vistas a su salud general, así también puede ser desarrollado el intelecto, para que logre su estado perfecto: y esto es su desarrollo.

Así como la salud debe preceder al trabajo corporal, y un hombre sano puede hacer lo que no hace un hombre enfermo, y las propiedades de esta condición saludable son fuerza, energía, agilidad, soltura de movimientos, destreza manual y resistencia a la fatiga, de igual manera el desarrollo general de la mente es la mejor ayuda al estudio profesional y científico, y los hombres con una educación pueden realizar lo que los incultos no son capaces de hacer.

La persona que ha aprendido a pensar y a razonar, a comparar, distinguir y analizar, que ha refinado su gusto, formado su juicio, y enriquecido su visión mental no se convertirá inmediatamente en un abogado, o un orador, o un estadista, un médico, un buen terrateniente, un hombre de negocios, un soldado, un ingeniero, un químico, un geólogo, un historiador, pero alcanzará una situación intelectual que le permita desempeñar alguna de esas ciencias o profesiones, o cualquier otra para la que posea inclinación o especial talento, con una facilidad, gracia, versatilidad y éxito para los que otro será un extraño. En este sentido, la cultura intelectual es enfáticamente útil.

Si estoy argumentando en contra del saber profesional o científico como fin suficiente de la educación universitaria, no es por mostrarme falto de respeto hacia estudios, actividades, o dedicaciones particulares, y hacia las personas que se ocupan en ellos. Al decir que el derecho o la medicina no son el objetivo de un curso universitario, no afirmo que la Universidad no deba enseñar derecho o medicina. ¿Qué enseñaría si no enseñara cosas particulares? Enseña todo saber enseñando todas las ramas del saber, y solo así. Pero sostengo que habrá una diferencia respecto a un profesor de derecho, o de medicina, o de geología, o de economía política, dentro de una universidad o fuera de ella, porque fuera de una Universidad el profesor corre el peligro de verse absorbido y empujado por su actividad, y de impartir lecciones que sean únicamente las de un abogado, un físico, un geólogo o un economista, mientras que en una Universidad sabrá donde están situados tanto él como su ciencia, a la que habrá lle-

gado desde arriba, por así decirlo. Tendrá consiguientemente una visión panorámica de todo el saber, se verá protegido de cometer extravagancias por la misma rivalidad de otros estudios, de los que habrá obtenido luces especiales, amplitud de mente, libertad y autoposesión, y tratará por tanto su campo con una filosofía y unos recursos que no pertenecen al propio estudio, sino a su formación liberal.

Así creo resolver la falacia -porque no es otra cosa- con la que Locke y sus discípulos quieren desanimarnos de cultivar el intelecto, invocando la idea de que ninguna educación es útil si no nos enseña una dedicación práctica, o una actividad técnica, o algún secreto de la física. Afirmo entonces que un intelecto cultivado, por ser un bien en sí mismo, lleva consigo un poder y unos recursos aplicables a cualquier trabajo u ocupación que acometa, y nos capacita para ser más útiles a un mayor número de personas. Hay una obligación que debemos a toda la sociedad, al estado al que pertenecemos, ala esfera en la que vivimos, a los individuos con quienes nos relacionamos en la vida diaria, y esa educación liberal, si niega el lugar principal a los intereses profesionales, lo hace solo para proponerlos o subordinarlos a la formación del ciudadano, y al servir los grandes intereses de todos, prepara también el feliz logro de esos objetivos meramente personales, que a primera vista parece despreciar.

7

Voy ahora a reforzar lo que he dicho con algunos textos de autores que he mencionado, y a quienes debo mucho.

"Es un principio indiscutido en economía política -dice el Dr. Copleston- que la separación de las profesiones y la división del trabajo conducen a la perfección de toda actividad, a la riqueza de los pueblos, y al bienestar general de la comunidad. Este principio de división es llevado tan lejos en algunos casos, que ocasiona la admi-



Locke

ración de la gente que lo observa por primera vez. Resulta imposible predecir el alcance al que pueda llevarse, y cuanto más se concentren en un solo objetivo las energías de un individuo determinado, mayores serán la habilidad y rapidez que desplegará para conseguirlo. Pero mientras contribuye de ese modo eficazmente a la acumulación de riqueza, se degrada cada vez más él mismo como ser racional. En la medida en que su esfera de acción se contrae, disminuyen sus poderes y hábitos mentales, y acaba asemejándose a una pieza subordinada de una poderosa maquinaria, útil en su lugar, pero insignificante y sin valor fuera de él. Si es necesario, como sin duda lo es, que la sociedad se seccione en divisiones y subdivisiones con el fin de llevar a cabo bien todos sus cometidos, hemos de ser sin embargo muy cautos para no entregarnos nosotros de modo total y exclusivo al dominio de este sistema. Debemos conocer cuáles son sus males, para modificarlo y controlarlo mediante la aplicación de otros principios que sirvan de freno y contrapeso a la tendencia fundamental.

"No puede haber duda de que toda actividad mejora siempre que quien la ejerce se limite exclusivamente a cultivarla. Pero aunque la disciplina misma progresa mediante esta concentración intelectual en su servicio, el individuo que confina de ese modo su estudio, retrocede. La ventaja de la comunidad se plantea casi en razón inversa de la suya.

"La sociedad necesita alguna otra contribución de cada individuo, aparte de los deberes particulares de su profesión. Si no se establece una interrelación liberal semejante, es un común defecto de la naturaleza humana enredarse con opiniones e intereses mezquinos, disminuir la importancia de todo lo que no tiene que ver con nosotros, y llevar nuestras ideas particulares a situaciones donde resultan inaplicables, y actuar, en definitiva, como una multitud de piezas desconectadas, que se desplazan y repelen unas a otras.

"En el cultivo de la literatura se encuentra ese vínculo común que, entre los variados campos de la vida, une las estridentes divisiones y subdivisiones en un único interés, y que proporciona temas comunes, y enciende comunes sentimientos, limpios de esos estrechos prejuicios que suelen infectar todas las profesiones. El saber así adquirido expande y dilata la mente, estimula sus facultades, y llama a una acción más libre a órganos y músculos que, a causa de un uso constante ejercido en una única dirección, no solo adquieren un estilo no-liberal, sino que pueden perder mucho de su juego y energía innatos. Y así, sin cualificar directamente a una persona para una determinada actividad, enriquece y ennoblece a todas. Sin enseñarle la formación específica de una actividad determinada, la capacita para desempeñar su papel en cualquiera de ellas con mayor gracia y estilo más elevado, y si se planea y desarrolla adecuadamente deviene un ingrediente principal en esa educación generosa y completa que hace apto a un hombre 'para realizar con precisión, habilidad y magnanimidad todas las tareas, privadas y públicas, de la paz y de la guerra'".¹³

8

La idea de educación liberal defendida en estos textos es desarrollada por Mr. Davison en el Ensayo ya mencionado. El autor acentúa más que su predecesor en

la controversia la "utilidad" de la educación liberal, en el sentido más amplio de la palabra. En vez de argumentar que la utilidad del saber para el individuo varía inversamente a su utilidad para el público, se dedica principalmente a desarrollar las observaciones contenidas en las últimas sentencias del Dr. Copleston. Muestra, en primer lugar, que una educación liberal es algo mucho más alto, incluso a nivel de utilidad, que lo que suele llamarse educación útil, y en segundo lugar, que es necesaria o útil incluso para lograr los fines de esa educación profesional que lleva comúnmente el título de útil. La primera de estas dos tesis nos viene recomendada en unas consideraciones que contienen los pasajes siguientes:

"Equivale a adoptar una visión muy reducida de la vida -dice Mr. Davison- pensar con gran excitación sobre cómo pueden ser educadas unas personas para que logren una preparación superior en su campo, a la vez que se excluye o descuida una educación más liberal y extensa. En el sistema de Mr. Edgeworth, el valor de cada resultado ha de medirse por su servicio a una profesión concreta. Los deberes específicos de esa profesión se ven exaltados a expensas de esas actitudes y virtudes libres e independientes, que intervienen a la hora de mantener las relaciones generales de la sociedad, y elevan a los individuos dentro de ellas. Dicho en pocas palabras, un hombre es confiscado por su profesión. Se vestirá de ella de pies a cabeza. Sus virtudes, su ciencia y sus ideas se pondrán de veste académica o de uniforme; y el hombre entero será forzado, aprisionado y almidonado en el molde de su carácter técnico. Cualquier actividad adicional, o las cualidades que no pueden ser objeto de remuneración pública, si se desarrollan en alguna medida, deben conseguirse un tímido lugar bajo la veste de sus méritos oficiales y útiles. Tal es el estado de perfección al que quieren llevarnos el espíritu y la tendencia general de este sistema.

"Pero el carácter profesional no es el único que un hombre ocupado en una profesión debe desarrollar. No siempre está de servicio. Debe a otros prestaciones que no son forenses, ni militares, ni están descritas en reglamento alguno, y que sin embargo no son inferiores ni por su valor intrínseco, ni su alcance moral, ni su repercusión social. Como amigo, colega y ciudadano, en las relaciones de la vida doméstica, y en la mejora y enriquecimiento de su tiempo libre, posee una esfera de acción que gira, si queréis, en torno al ámbito de su profesión, pero no se confunde ni colisiona con éste; y si en esa esfera no puede manifestar las cualidades de un entendimiento elevado, no será otra cosa que un hombre mal educado, por alta que sea su competencia profesional.

"Hay una facultad que practican todos los pueblos de algún nivel. No se enseña en la escuela ni en la universidad como ciencia concreta, aunque merece que todo lo que allí se enseñe guarde alguna relación con ella. Tampoco se dota con ella, sin más, al público, aunque todo el que procura actuar el máximo de sus posibilidades está obligado a desarrollarla personalmente. Pero en nada hay una diferencia mayor que en el modo de hacerlo. Los abogados de la cultura profesional se sonreirán cuando les digamos que esta facultad que deseamos estimular es sencillamente la de hablar correcto inglés, sin multa ni retribución, en la conversación ordinaria. Se sonreirán si in-

¹³ Cfr. *A Reply to the Calumnies of the Edinburgh Review against Oxford*, Oxford 1810, 107-112.

sistimos en ello, pero en realidad no es asunto tan trivial como imaginan. Mirad en las chozas de los salvajes y ved, dado que poco puede escucharse en ellas, el triste espacio vacío de sus estúpidas horas de silencio. Han acabado sus invocaciones profesionales de guerra y caza, y sin nada más que hacer, nada tienen que decir.

“Observad formas de vida más cultivada, y encontraréis que la conversación en todas sus manifestaciones es el medio de algo más que un placer ocioso, es a todas luces el factor activo que hace circular y conforma las opiniones, preferencias y sentimientos de todo un pueblo. Hace de sí misma un asunto de altos vuelos. Son temas resultan de lo más variado: son todos los que no pertenecen a un campo particular. Respecto a su poder e influencia, podemos decir con verdad que la sociedad inmediata de un hombre juzga idénticamente cómo habla y cómo actúa. Y de todos los que participan en la conversación racional, un mero aficionado en su propio arte es tenido universalmente como el peor. La esterilidad y carencia de interés de las horas sociales de un hombre semejante resultan proverbiales. Si escapa de ser aburrido es únicamente por lanzarse a una locuacidad inoportuna y sabihonda. No deseamos de él conferencias ni discursos, y sin embargo no tiene otra cosa que darnos. En los pasillos puede parecer poderoso, pero subido a una tribuna resulta una persona muy diferente. De otro lado, podemos afirmar que en uno de los mejores interlocutores es el hombre que a la precisión y detalle de una profesión ha unido la familiaridad ágil con un saber variado, del que ha sabido asimilar un espíritu de observación general”.

9

Después de mostrar que una educación liberal es un real beneficio a quienes la siguen, como miembros de la sociedad y en los diversos deberes, circunstancias y accidentes de la vida, Mr. Davison pasa a describir cómo, por encima de esos servicios directos que en justicia pueden esperarse de ella, sirve también de hecho al desempeño de las funciones concretas que se encuentran vinculadas a la instrucción profesional y a las que esta instrucción se dirige.

“Admitimos -dice- que cuando una persona se ocupa de una sola cosa, se halla en el camino adecuado para sobresalir en ella, y que la atención dividida raramente producirá un nivel muy alto en muchas cosas. Pero aquí terminan nuestras concesiones. Porque pensar que el modo de preparar a una persona para sobresalir en una dedicación es encadenar sus primeros estudios y paralizar el primer desarrollo de su mente con una referencia a los meros imperativos de la disciplina buscada, es ya una idea muy diferente, que merece más bien ser analizada que simplemente aceptada. Es posible que algunos de esos saberes abstractos y lejanos puedan aprenderse de ese modo. Pero las excepciones que pueden hacerse son muy pocas y no merecen ser recogidas aquí. (Excepto) para la adquisición de preparación profesional y práctica tales máximas no son un camino. Los factores principales de esa preparación son unos conocimientos adecuados y unas facultades mentales cultivadas; pero éstas últimas son lo más importante. Un hombre con facultades bien desarrolladas domina los conocimientos de otros, mientras que un hombre sin esas facultades no llega a dominar sus propios conocimientos.

“De todos los poderes intelectuales, el juicio es el que lleva el papel conductor en la vida. La cuestión es cómo formar los dos hábitos que el juicio debe poseer: la precisión y el vigor. Supondría una presunción ignorante nombrar una rutina de método por la que estas cualidades pudieran enseñarse con éxito a todo intelecto o simplemente a alguno. Podemos, sin embargo, decir con seguridad que no se consiguen por ‘un recolectar de recetas sencillas’: son más bien la esencia combinada y el extracto de factores muy diferentes, derivados primero de mucha lectura y disciplina, y luego de observación. Pues si existe un punto claro en este asunto es que el hombre que ha sido entrenado para pensar en un único tema nunca será buen juez ni siquiera en ese tema, mientras que la extensión de su círculo mental le proporcionará saber y poder incrementados a un ritmo que crecerá rápidamente. Porque las ideas actúan, en gran medida, no como unidades solitarias, sino agrupándose y combinándose, e igualmente las cosas que caen dentro del campo de una misma facultad de la mente se entrecruzan y sostienen mutuamente. El juicio vive, por así decirlo, mediante la comparación y las distinciones. No cabe dudar, por lo tanto, de que la amplitud y extensión de esa reunión de elementos sobre los que el juicio se ejercita desde sus primeros actos, resulta de gran utilidad a su poder.

“Para ampliar algo más nuestra perspectiva, vamos a definir ahora lo que entendemos por poder de juicio, para determinar luego el tipo de estudios entre los que cabe esperar su mejora.

“Juicio no significa aquí una determinada, doméstica y útil cualidad del intelecto, que proteja a la persona de cometer errores que vayan en detrimento de sus asuntos o de su reputación. Significa el principio guía en los negocios, la literatura y el talento, que confiere a la persona energía en cualquier asunto al que decida dedicarse, y le permite captar su aspecto fundamental. Sea o no sea ésta una definición metafísicamente correcta, hace justicia en todo caso a la sustancia de nuestra investigación. Describe el poder que cada uno desea adquirir a la hora de actuar en una profesión o algo similar, y cuadra con nuestra mejor idea de lo que es una mente cultivada.

“No puede negarse, además, que para potenciar el juicio, la mente ha de ser empleada sobre los temas que vienen al conocimiento de aquella facultad, y facilitar un ejercicio verdadero a sus percepciones. Encontramos aquí un regla de selección por la que las diferentes partes de la instrucción pueden clarificarse en orden a nuestro propósito. Pertenecen a la provincia del juicio la religión (en sus pruebas e interpretación), la ética, la historia, la retórica, la poesía, las teorías filosóficas en general, las bellas artes, y las obras de ingenio. Grande como es la variedad de estas amplias divisiones del saber, se mantienen unidas por dos principios capitales de conexión. Todas han sido derivadas de una y la misma naturaleza humana, moral, social y sentiente. Y, en segundo lugar, todas se hallan bajo el control del mismo poder de la razón moral.

“Si estos estudios -continúa- son de tal naturaleza que dan juego y ejercicio directos a la facultad de juicio, constituyen entonces la base auténtica de educación para los poderes de inventiva y de acción, destinados a la profesión o a cualquier otro uso. Aunque la reunión parezca heterogénea, historia, retórica, poesía, ética, etc. tenderán

unidas hacia un único efecto resultante. Se necesitan mutuamente para explicarse e interpretarse unas a otras. El saber derivado de todas ellas se amalgamará, y los hábitos intelectuales invertidos y practicados en ellas se unirán para producir un depósito aún más rico de conocimientos y de aplicaciones más generales y prácticas de las podrían obtenerse a partir de una sola disciplina, como la fusión de metales en el bronce de Corinto proporciona al artista sus materiales más dúctiles y perfectos. Si nos atreviéramos a imitar a un autor como Lord Bacon (Al que es más seguro invocar como autoridad que intentar reproducir), en algunas de sus breves ilustraciones de la utilidad comparativa de los diferentes estudios, diríamos que la historia aporta plenitud, la filosofía moral entrega fuerza, y la poesía confiere elevación al entendimiento. Esta es en realidad la energía natural y la tendencia de los estudios, pero son pocas las mentes capaces de obtener de ellos algún tipo de virtud que se adecúe a esas altas expresiones. Hemos de contentarnos, por tanto, con rebajar nuestro panegírico a la afirmación de que una persona recibirá necesariamente alguna infusión de esas varias cualidades si se somete al régimen de tan variadas lecturas. Es incuestionable que los elementos de la razón general no se encontrarán completa y verdaderamente expresados en una particular clase de estudios, y que quien aspire a conocer ese lenguaje habrá de buscarlo en muchos libros.

"Si diferentes estudios son útiles por la ayuda que prestan, lo son todavía más por corregirse unos a otros, porque así como poseen sus méritos particulares, poseen también sus defectos, y la más extensa familiaridad con uno produce solo un intelecto demasiado deslumbrante, o demasiado débil, o infectado de cualquier otro defecto propio de una lectura restringida. La historia, por ejemplo, presenta las cosas tal como son, es decir, la moral y los intereses de hombres, desfigurados y pervertidos por todas sus imperfecciones y pasiones, su locura y su ambición. La filosofía desnuda el cuadro en exceso. La poesía lo adorna demasiado. Las luces combinadas de las tres corrigen el falso colorido peculiar de cada una, y nos muestran la verdad. El recto modo de pensar sobre ésta se logrará a partir de todas, tomadas en conjunto, como lo sabe bien el que ha visto su contribución unitaria, de pensamiento y sentimiento, expresada en el masculino sentir de nuestro inmortal estadista, Mr Burke,¹⁴ cuya elocuencia solo es inferior a su admirable sabiduría. Si una mente educada como la suya ha de ser nuestra guía, debemos ir al manantial de las cosas, como él hizo, y estudiar no sus obras, sino su método. Con las primeras solo llegaríamos a ser débiles imitadores; con el segundo podemos llegar a conseguir alguna habilidad propia nuestra. Pero como sus biografías nos dicen, Burke no se formó por el ajuste parsimonioso de unos estudios a un objetivo futuro concreto (que es el principio de Mr. Edgeworth), sino adoptando una medida ancha y liberal, y pensando extensamente sobre muchos temas, solo porque el ejercicio de estos podía convertirle en un ser más racional e inteligente".¹⁵

10

Debo acabar ya con estos textos. Me he limitado hoy a decir que el entrenamiento del intelecto más con-

veniente para el individuo mismo es el que mejor le capacita para desempeñar sus deberes hacia la sociedad. El filósofo y el hombre de mundo se diferencian en su misma noción, pero los métodos en base a los que se les forma básicamente coinciden. El filósofo posee el mismo dominio de los asuntos de pensamiento que el buen ciudadano y el caballero tienen de los asuntos de negocios y de conducta. Si debe asegurarse un fin práctico a los cursos universitarios, afirmo que es el formar buenos miembros de la sociedad. Su arte es el arte de la vida social, y su objetivo es la preparación para el mundo. Ni limita sus ideas a profesiones particulares, ni crea héroes o inspira genios. Las obras del genio no caen bajo ningún arte, y las mentes heroicas desbordan toda regla. Una Universidad no es cuna de poetas o de autores inmortales, de fundadores de escuelas, líderes de colonias, o conquistadores de naciones. No promete una generación de Aristóteles o Newtons, de Napoleones o Washingtons o Rafeles o Shakespeares, aunque ha tenido en sus aulas a estos milagros de la naturaleza.

Tampoco se contenta, de otro lado, con formar al crítico o al experimentalista, al economista o al ingeniero, aunque también lo incluye entre sus fines. La enseñanza universitaria es el gran medio ordinario para un gran fin ordinario. Apunta a elevar el tono intelectual de la sociedad, cultivar la mente pública, purificar el gusto nacional, facilitar principios verdaderos al entusiasmo popular y metas nobles a las aspiraciones ciudadanas, proporcionar amplitud y sobriedad a las ideas del momento, hacer más suave el ejercicio del poder, y refinar el trato en la vida privada.

Es la educación la que confiere al hombre una visión consciente de sus propios juicios y opiniones, así como la verdad para desarrollarlos, la elocuencia para expresarlos, y la energía para proponerlos. Le enseña a ver estas cosas tal como son, a ir derecho al núcleo, a enderezar un nudo de pensamiento, a detectar los sofismas, y a eliminar lo irrelevante. Le prepara para desempeñar cualquier trabajo con altura, y dominar cualquier tema con facilidad. Le muestra cómo acomodarse a los demás, cómo situarse en su estado de ánimo, y cómo comportarse con ellos. Se encuentra bien en cualquier tipo de sociedad, posee algo de común con cualquier clase de hombres, sabe cuándo hablar y cuándo callar, es capaz de conversar y de escuchar, puede hacer una pregunta pertinente, y aprender una lección oportuna cuando él no tiene nada que impartir. Se halla siempre dispuesto, pero nunca estorba. Es un compañero agradable, y un colega de fiar. Sabe cuándo estar serio y cuándo bromear, y posee un tacto que le permite bromear con gracia, y estar serio con eficacia.

Tiene la serenidad de una mente que vive en sí misma, a la vez que vive en el mundo, y que posee recursos suficientes para tener la felicidad en casa, cuando no se puede salir de ella. Dispone de un don que le ayuda en público y le apoya en su retiro, sin el que la buena fortuna sería vulgar, y con el que el fracaso y el infortunio adquieren encanto. El arte que tiende a hacer así a un hombre, es en el objetivo que persigue tan útil como el arte de la riqueza o el de la salud, aunque sea menos susceptible de método, y menos tangible, cierto y completo en sus resultados.

¹⁴ Edmund Burke (1727-1799) fue un estadista y brillante teórico político de origen irlandés, autor, entre otras obras, de las *Reflexiones sobre la Revolución francesa* (1790).

¹⁵ *Quarterly Review* 6, oct. 1811, 173-6.

Testimonio Cristiano

Textos tomados de la publicación "El Misterio de la Iglesia",
antología del International Centre of Newman Friends-Roma)

[Después de Su Resurrección Cristo] se mostró abiertamente no a todo el pueblo, sino a testigos escogidos ante Dios. Esta es, de hecho, la característica general del curso de Su Providencia: escoger unos pocos como canales de Sus bendiciones para la multitud...

P.S. I 286 (24.4.1831)

Pocos en número pero fuertes en el Espíritu, despreciados del mundo, sin embargo construyendo el camino en medio del sufrimiento, los doce Apóstoles derrumbaron el poder de la tiniebla y establecieron la Iglesia Cristiana.

P.S. I 291 (24.4.1831)

Cristianos son aquellos que profesan tener el amor de la verdad en su corazón; y cuando Cristo les pregunta si lo aman tanto que sean capaces de beber de Su copa y participar de Su Bautismo, ellos contestan, "sí, somos capaces" [Mt 20,22], y tal profesión se convierte en maravillosa saciedad.

S.D. 286 (12.2.1843)

... la Epístola a los Corintios suficientemente... [muestra] que, en todos los tiempos, los verdaderos Cristianos, aunque forman parte de ella [la Iglesia visible], y dan a ésta vida y fuerza, están dispersos y escondidos entre la multitud...

U.S. 77 (22.1.1832)

La idea de un Cristianismo, tal como la expresa la Escritura, está bien definida... Pero, si hemos de decir la verdad, ¿qué son un monje humilde, y una religiosa santa, y otros religiosos, como se les llama, sino Cristianos que siguen estrictamente el modelo que nos ha dado la Escritura? ¿Qué han hecho ellos sino perpetuar en el mundo el Cristianismo de la Biblia?

S.D. 276.290-291 (12.2.1843)

Cuando Dios nos da la gracia, no nos quita ni la comida, ni el vestido, ni la hermandad. Nos remueve del mundo para colocarnos en la Iglesia. La religión sin una Iglesia es tan antinatural como una vida sin comida y vestido. Él comenzó nuestra vida de nuevo, pero la construyó sobre los mismos fundamentos; y así como no nos quitó el cuerpo cuando nos hizo Cristianos, tampoco nos arrebató nuestros lazos sociales. Cristo nos encuentra en el doble tabernáculo, de una casa de carne y una casa de hermanos, y Él santifica ambas, no las destruye. Nuestra primera vida está en nosotros mismos; la segunda, en nuestros amigos.

P.S. V 279 (10.3.1839)

Aquellos a quienes Dios fuerza a separarse de sus parientes por razón de Él, encuentren hermanos en el espíritu a su lado. Quienes por causa de Él se quedan solos, tienen hijos en el espíritu. ¡Cómo deberíamos dar gracias a Dios por tal beneficio!... Porque

su amor es un don secreto, que, aun cuando el mundo no lo ve, une a aquellos en quienes vive, y los hace vivir y simpatizar mutuamente.

P.S. V 280 (10.3.1839)

Pero los hombres no se convierten fácilmente en fieles abogados de una causa. No sólo la multitud es voluble: sino aun los mejores hombres, a menos que se les urja, dirija y discipline en su trabajo, se rinden; la naturaleza no educada no tiene principio.

P.S. I 286 (24.4.1831)

Es claro que todo cambio notable ha sido realizado por pocos, no por la multitud; por los pocos resueltos, impávidos, celosos.

P.S. I 287 (24.4.1831)

Sin duda la multitud puede *deshacer* muchas cosas; pero solamente *hacen* aquellos que de un modo especial están entrenados para la acción.

P.S. I 288 (24.4.1831)

Unos pocos hombres dotados rescatarán el mundo en los siglos venideros.

U.S. 97 (22.1.1832)

La atracción que ejerce la santidad inconsciente es de una naturaleza urgente e irresistible; persuade a los débiles, tímidos, irresolutos y dubitantes; atrae el afecto y la lealtad de todos aquellos que tienen una mente igualmente elevada; y ejerce sobre la multitud inconsciente o perversa un arrastre soberano y compulsivo que le impone silen-

cio y temor, con el fundamento de su propio derecho divino a convertirse en su guía. La herencia de la multitud le exige obediencia, aunque no entienda los principios y consejos de aquel espíritu que "no ha nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios" [Jn 1,13].

U.S. 95 (22.1.1832)

Y si tal es la influencia personal que el Maestro de la Verdad ha ejercitado sobre la turba mezclada de hombres que encuentra, ¿cuál (pensamos que) será su poder sobre ese grupo selecto... que ha ya, en cierta medida, disciplinado su corazón con la ley de la santidad, y se sienten, por decirlo así, individualmente tocados por la invitación de su ejemplo? Estos son los que el Señor llama especialmente Sus "elegidos" y a los que ha venido a "reunir en uno" [cfr. Mt 24,31], porque los encuentra dignos. Y éstos son también quienes, según la Providencia de Dios, están ordenados a ser la sal de la tierra, -a continuar a su vez la sucesión de Sus Testigos, de manera que nunca falten herederos a la línea real, por más que la muerte arrebatase cada generación sucesiva para darle el descanso y el premio.

U.S. 95-96 (22.1.1832)

Puede ser fácil para los educados hacer discursos o escribir libros; pero una excelente y elevada moralidad es el atributo de una escuela a la cual ellos son casi extraños... Cualquiera pequeño acto realizado contra la inclinación natural por amor de Dios, aunque en sí mismo tuviese un carácter de pasividad o aceptación, tal como tolerar un insulto, afrontar un peligro, o renunciar a un interés, tiene en sí un poder que se sacude el polvo y el hollín del mero profesionalismo...

U.S. 93 (22.1.1832)

La consistencia de la virtud es otro don, que gradualmente ataca la rudeza del mundo, y lo somete a obediencia. Los cambios de los asuntos humanos, que en un primer tiempo excitan e interesan, a la larga disgustan la mente, que comienza luego a buscar algo en que pueda realmente confiar, para encontrar paz y tranquilidad... Cada día nos muestra cuánto depende de la firmeza para obtener influencia en las materias prácticas...

U.S. 93-94 (22.1.1832)

... Se nos propone a la consideración, si la influencia de la Verdad en el mundo, en general, no brota de la *influencia personal*, directa e indirecta, de aquellos que tienen el encargo de enseñarla.

U.S. 79-80 (22.1.1832)

Yo respondo que en el mundo la ha sostenido no un sistema, ni los libros, ni los argumentos, ni el poder temporal, sino la influencia personal de tales hombres... que son al mismo tiempo maestros y modelos. En primer lugar debemos aquí tomar en cuenta la natural belleza y majestad de la virtud, que más o menos todos sienten, excepto los más abandonados. No me refiero a la virtud en abstracto, -la virtud libresca-. Los hombres fácilmente se sienten arrastrados a reírse de los principios, a hacer burla de los libros, a divertirse con los nombres de los hombres buenos; pero no pueden resistir su presencia: es la santidad encarnada en una forma personal, lo que ellos no pueden confrontar y soportar de un modo permanente...

U.S. 91-92 (22.1.1832)

... el Cristianismo no tiene espectaciones ansiosas ni agudas mortificaciones. Es tranquilo, equilibrado, considerado para con todos los hombres, porque no se siente tentado a

obrar de otra manera. No se deja llevar por la violencia, por la animosidad, por la avaricia, por el espíritu de partido. Sabe que su Señor y Salvador triunfará... Sabe que la batalla de Cristo durará hasta el fin; que la causa de Cristo triunfará al fin... Sabe lo que es verdad y lo que es error, dónde se encuentra la seguridad, y dónde el peligro; y todo este conocimiento claro le capacita para saber conceder, a ser señor de las dificultades, a hacer justicia a los que yerran, a reconocer sus buenos puntos, a contentarse con el rostro más o menos bueno que le muestran los otros. No tiene miedo; porque el miedo es lo que hace a los hombres avaros, tiranos o zelotas; pero para el Cristiano, puesto que se sitúa más allá de esperanzas y miedos, suspenso y celos, su privilegio es ser paciente, frío, equilibrado e imparcial; -de manera que esta firmeza marca su carácter a los ojos del mundo, es "conocido de todos los hombres".

P.S. V 64-65 (22.12.1839)

Esperar grandes efectos de nuestras presiones de lo religioso, es algo natural ciertamente, y también inocente; pero proviene de la inexperiencia en el tipo de trabajo que debemos utilizar, -cambiar el corazón y la voluntad de los hombres. Es una posición mental más noble trabajar no con la esperanza de ver el fruto de nuestra labor, sino por seguir nuestra conciencia, como un deber; y de nuevo en fe, confiando que se seguirá el bien, aunque no lo veamos.

P.S. VIII 129-130 (12.9.1830)

Aprended, mis queridos hermanos, un tono de pensamiento más sobrio y cauto. Aprended a temer por vuestras almas. Es valiosa, sin duda, la paz interior, pero no lo es todo. Puede convertirse en la rigidez de la muerte. El Católico, y sólo él, tiene dentro de sí la unión de las notas del favor divino inte-

riores y exteriores, que derraman sobre su alma la luz de la convicción, y lo hacen vivir sin temor en su fe, y tranquilo y agradecido en su esperanza.

Diff. I 95 (1850)

... los clérigos tienen que formarse una opinión y expresarla. Algunas veces afirmamos, en lenguaje familiar, que un clérigo nada tiene que ver con la política. Es verdad, si por ello queremos decir que no debe buscar como fin un objeto secular, ni puede tomar partido político como tal, ni debe tener ambición del aplauso popular o del favor de los grandes, ni debe regalarse y perder tiempo con los negocios mundanos, ni debe ser codicioso. Pero si ello significase que no debería expresar una opinión ni ejercer ninguna influencia de una u otra parte, esto sería abiertamente antiescriturístico. ¿Acaso los Apóstoles, con toda reverencia por el poder temporal judío o romano, y con toda renuncia a la ambición temporal, acaso, digo, no denunciaron a los gobernantes malvados que habían crucificado y asesinado al Señor Jesucristo? (Act. 2,23; 3,13-17; 4,27; 13,27) ¿y hubiesen sido ellos como la ciudad construida sobre el monte, si no hubiesen procedido de esa manera?... Y todo esto puede hacerse sin lesionar nuestra caballerosidad y humildad cristianas, aunque es difícil hacerlo. Necesitamos no airarnos ni usar palabras de rencilla, y sin embargo hemos de ser firmes al dar nuestra opinión, en la proporción en que tengamos los medios para formárnosla, y hemos de ser celosos para con Dios en todo buen servicio activo, y hemos de mantenernos escrupulosa y decididamente a distancia de los hombres malvados cuyas malas artes tenemos.

P.S. I 158, 159 (6.11.1831)

En un curso cristiano, *el temor y el amor* deben ir juntos... Ninguno puede amar a Dios correctamente si no Lo teme.

P.S. I 303 (8.5.1831)

Ninguno ama a otro realmente, si no siente una cierta reverencia hacia él... El respeto mutuo hace que una amistad sea permanente. Lo mismo sucede en los sentimientos de los inferiores hacia los superiores... El temor debe preceder al amor. Hasta que aquél que tiene la autoridad muestre que la tiene y puede usarla, su tolerancia no será debidamente apreciada; su bondad parecerá debilidad. Aprendemos a despreciar aquello que no tememos; y no podemos amar lo que despreciamos.

P.S. I 304 (8.5.1831)

Los hombres que se profesan fríos, indiferentes y profanos, tarde o temprano llegan a serlo. Piensan con desprecio acerca de los Ministros de Dios, de los Sacramentos y el Culto; desprecian Su Palabra, que nunca leen ni estudian. Tienen en menos toda profesión religiosa, y juzgan a los demás a la propia luz, imputando a malos motivos la conducta consciente que otros observan. Así son infieles en su corazón; aunque no lo afirmen formalmente, y aun cuando intenten disimular su propia incredulidad con la pretensión de objetar a una u otra de las doctrinas o de las normas de la religión. Y cuando viene el tiempo de la tentación, cuando se sienten *seguros* mostrando lo que realmente son, (casi sin advertirlo) echarán por la borda toda profesión de Cristianismo, y se echarán en manos del mundo que todo lo ridiculiza.

P.S. I 306-307 (8.5.1831)

¿Y cómo podrían los Cristianos, por otra parte, tratar a tales hombres sin corazón?... Nunca debemos tratar de forzar la verdad en aquellos que no se aprovechan de la que ya poseen. Por una parte esto deshonor a Cristo, y por otra hace más daño que bien a quien

así la desprecia. Es como arrojar perlas a los cerdos [cfr. Mt 7,6]. Debemos esperar todas las oportunidades en que podemos ser útiles a los hombres, pero guardarnos de tratar de hacer demasiado de una sola vez.

P.S. I 307 (8.5.1831)

Debemos impartir las doctrinas de la Escritura con medida y a su tiempo, según los otros puedan sobrellevarlo; no debemos más bien protegerlas del mundo. Rara vez debemos dejarnos envolver en una controversia o disputa; porque rebaja la verdad sagrada el hacerla objeto de un debate común.

P.S. I 307-308 (8.5.1831)

Más bien, evitando toda palabra intemperada, mostremos a los hombres nuestra luz mediante nuestras *obras*.

P.S. I 308 (8.5.1831)

Si alguno hace lo que la Iglesia le manda... ofrecerá al mundo una buena confesión de su fe, de tal tipo que no podrá esconder; y al mismo tiempo, con muy poca, y casi ninguna, ostentación personal.

P.S. I 153 (6.11.1831)

Indudablemente si un hombre quiere mantenerse en pie por *si mismo*, para declararse de manera individual testigo de Cristo, sin duda, digo, entristecerá y perturbará el espíritu de paz que Dios nos ha dado... El nos manda unírnos, y mantener nuestra profesión personal de fe bajo la autoridad del cuerpo general.

P.S. I 153 (6.11.1831)

Debemos observar cómo los hombres adoptan toda clase de maneras extrañas de dar gloria (según piensan) a Dios. Si sólo siguieran la Iglesia; si se reuniesen a orar los domingos y fiestas de los santos, y si posible fuese cada día; si honrasen los ritos... Yo diría que en conjunto harían prácticamente más bien que tratando de practicar nuevos proyectos religiosos, de fundar nuevas sociedades religiosas, o de desarrollar nuevos puntos de vistas religiosos.

P.S. I 154 (6.11.1831)

Hemos de considerar también que el representar la parte del testigo de la verdad, el amonestar y reprender, no es un deber elemental del Cristiano... nuestros deberes vienen en cierto orden, unos antes que otros, y los que he enunciado arriba no son los primeros. Nuestro primer deber es arrepentirnos y creer.

P.S. I 160 (6.11.1831)

Sería sin duda extraño, para un hombre que apenas ha comenzado a pensar en la religión, el asumir la postura de "un grande", o pretender que es un santo y un testigo, y exhortar a otros a volverse a Dios. Esto es evidente. Pero conforme pasa el tiempo, y comienza a formar su carácter religioso, mientras avanza hacia la perfección en todos sus deberes, puede asumir en un buen número de éstos el papel de testigo de Dios mediante su palabra. Es difícil decir *cuando* puede permitirse a un hombre reprender abiertamente a otros; ciertamente no antes de que haya adquirido una considerable humildad

P.S. I 160-161 (6.11.1831)

Las convicciones de John Henry Newman

José Morales

Muchas cuestiones que suscita la biografía de este gran inglés continúan abiertas después de muchos decenios de investigación y de excelentes estudios newmanianos. Hay sitio por tanto para interpretaciones diferentes en torno a su carácter y al sentido de su obra religiosa y teológica.

Algunas discusiones en los últimos años se han detenido en la cuestión de si Newman era o no era un *liberal*. No se plantea solamente con la idea de conseguir una mayor claridad histórica en torno a un hombre importante del siglo XIX. Se hace con el propósito de penetrar mejor las convicciones de fondo y el estilo teológico de un autor que ha influido en el Concilio Vaticano II y que, sin ir más lejos, es por ejemplo la fuente básica invocada por el último documento de la Comisión Teológica Internacional, acerca de la interpretación de los dogmas.¹

El presente estudio desea contribuir a dilucidar este importante tema, que ha devenido central en la investigación sobre Newman y en el modo de entender y aplicar sus ideas relativas al cristianismo.

¿Era Newman un liberal?

El término *liberal* es uno de los más prestigiosos y polémicos en la historia del pensamiento y de las ideas religiosas y políticas modernas. No se trata ahora de hacer, ni tampoco de resumir, la trayectoria de su evolución y de los diferentes significados que ha recibido y recibe, sino de acordar el hecho sim-

ple de su polivalencia y capacidad para acoger variados contenidos a lo largo de los siglos XIX y XX.

La pregunta de si John Newman era o no un liberal en el mundo religioso de su tiempo exige una respuesta que tenga en cuenta, en primer lugar, el desarrollo intelectual y espiritual del personaje, y que distinga, en segundo término, los sentidos diversos que el término liberal adquiere para los europeos en la segunda mitad del siglo XIX.

Puede afirmarse que Newman no responde generalmente a las características de un liberal durante sus años anglicanos, que finalizan con su conversión en 1845; y que, como católico, desarrolla principios intelectuales e iniciativas prácticas que le valieron en ocasiones esa denominación, al tiempo que eran patentes también para todos sus convicciones y comportamientos netamente opuestos al liberalismo.

Hay por lo tanto un sentido de la palabra, según el que Newman puede ser llamado liberal, y otros sentidos que no permiten aplicarle el discutido término. León XIII comentó en cierta ocasión que no resultó fácil hacer cardenal a Newman, porque "algunos le consideraban demasiado liberal"² Son palabras significativas. Indican al menos que el ilustre converso era percibido de modo diferente por hombres diferentes, y para conocer su verdadera personalidad en este asunto, por encima de prejuicios y vaguedades, es necesario detenerse más en contenidos, líneas de conducta y actitudes que en simples denominaciones.

El reformador religioso que, a partir de

¹ Cfr. texto francés en *Espirit et Vie*, 19-4-90 p. 230 y ss.

² Cfr. *Letters and Diaries of John H. Newman*, XXIV, 426.

1833, canalizó e impulsó el Movimiento de Oxford, no era ciertamente un liberal ni ante sí mismo ni ante los demás, según el significado usual que la palabra recibía en Inglaterra durante esos años.

En primer lugar, el principio dogmático que defendía le hacía sumamente beligerante hacia cualquier clase de relativismo doctrinal. El dogma cristiano representaba para Newman la expresión genuina de la verdad en cuanto fuente de vida y acción para la sociedad y la persona. Lo consideraba elemento esencial de la existencia humana, porque remitía a una verdad o instancia absoluta y a una exigencia moral incondicionada. Pensaba que ningún individuo y ninguna comunidad de hombres podían prescindir de principios y valores de validez indiscutida, que no venían a obstaculizar la libertad sino, por el contrario, a precederla y hacerla posible. Newman nunca concibe y presenta el dogma y la libertad humana en un marco dialéctico de oposición. Estaba convencido de que todo hombre vive necesariamente una existencia dogmática.

La viva percepción de la Iglesia como misterio de Fe le oponía además a la idea de que cualquier grupo religioso pudiera ser tan válido como cualquier otro para conseguir la santidad y la salvación.

Finalmente, las nociones que Newman mantenía acerca del carácter objetivo de la ley moral y de la vocación espiritual del hombre explican de sobra su enemiga hacia los postulados utilitaristas de Jeremy Bentham y James Mill, defensores de la absoluta libertad de conciencia y partidarios de reducir la religión a un edificio ético de principios relativos, como único modo eficaz de alcanzar "la mayor felicidad para el mayor número".

En la palabra ideológica inglesa de los años 30 y 40 -que representan el tiempo de las reformas políticas, sociales y educativas de los whigs-, Newman era calificado de conservador, y en todos los temas arriba mencionados permaneció el mismo durante su larga vida.

El indiferentismo confesional y la nive-

lación de los credos nunca encontraron sitio en sus concepciones teológicas. El agradecimiento y respeto demostrados hacia el Calvinismo y el Anglicanismo, que alimentaron y formaron su hogar espiritual hasta 1845, así como su positiva valoración del papel religioso que la Iglesia anglicana desempeñaba respecto al pueblo inglés como defensa contra la incredulidad, no empañaron en Newman la convicción de que toda gracia concedida por Dios a un hombre se le daba en último término para su aproximación a la Iglesia católica.

La resistencia al secularismo, aparece también como una constante en la vida y escritos de Newman. Ardiente defensor de la recta conducta ética como preparación del hombre a recibir la fe, y abogado convencido de la importancia decisiva de la educación para formar el carácter, denunció sin embargo de manera incansable los intentos ingenuos de quienes buscaban mediante la educación y la ética la transformación interior y real del hombre que sólo la religión es capaz de conseguir. Newman llegó a escribir: " *Antes serán extraídos bloques de mármol de una cantera con hojas de afeitar, que la educación llegue a cambiar por sí sola el corazón humano*".

Reacción frente al cientifismo.

En otro orden de cosas que sobrepasan el ámbito religioso, Newman aparece junto a algunos escritores victorianos que, en nombre de valores profundos del hombre, reaccionan con su obra literaria contra el racionalismo y el cientifismo que pretendía reformar pragmática y sumariamente la sociedad inglesa. En este sentido hace causa común, por ejemplo, con Charles Dickens y Thomas Carlyle, críticos ambos de la técnica y de la tutela estatal como vías preferentes para renovar la vida cívica y elevar el alma de las personas.

Al ser elevado al Cardenalato en mayo de 1879, Newman pudo resumir en Roma el sentido de su vida intelectual como hombre cristiano con las siguientes palabras: " *Me alegra decir que desde el principio me he opuesto a un*

gran mal. Por espacio de 30, 40 50 años, he resistido con mis mejores energías el espíritu del Liberalismo en religión.

"Nunca como ahora ha necesitado tan urgentemente la Santa Iglesia campeones con-



Charles Dickens

tra esa plaga que cubre la tierra entera. En esta gran ocasión, cuando es natural que alguien en mis circunstancias contemple el mundo y la Iglesia que lo habita, según la situación presente y las perspectivas futuras, nadie juzgará fuera de lugar que yo renueve ahora la protesta que he repetido con tanta frecuencia.

"El liberalismo en religión es la doctrina según la cual no existe una verdad positiva en el ámbito religioso, sino que cualquier credo es tan bueno como cualquier otro. Es una opinión que gana acometividad y fuerza día tras día. Se manifiesta incompatible con el reconocimiento de alguna religión como verdadera, y enseña que todas han de ser toleradas como asuntos de simple opinión. La religión revelada -se afirma- no es una verdad, sino un sentimiento o inclinación; no obedece a un hecho objetivo o milagroso. Todo individuo, por lo tanto, tiene el derecho de interpretarla a su gusto. La devoción no se basa necesariamente

en la fe. Una persona puede ir a iglesias protestantes y a iglesias católicas, obtener provecho de ambas, y no pertenecer a ninguna. Se puede fraternizar en ideas y sentimientos espirituales, sin aceptar una doctrina común ni reconocer la necesidad de mantenerla en absoluto. Puesto que la religión es una característica tan personal y un bien exclusivamente privado -se añade-, debemos ignorarla del todo en las relaciones con otros hombres..."³.

El liberalismo repudiado en estas líneas es en definitiva la doctrina según la cual la religión es asunto del sentimiento y nada tiene que ver con la razón. Es la ideología contra la que Newman protestó con sus escritos, su predicación y el tenor de su vida entera.

Pero Newman no era un reaccionario. Era un hombre con imaginación y un conservador creativo. El conjunto de su existencia se caracteriza por una coherencia patente, por el crecimiento armónico e ininterrumpido de su personalidad intelectual y religiosa. Fue un hombre de cambio incesante, pero este cambio no era en él mera atención, sino desarrollo. En 1858 escribía de sí mismo: "Como muchos hombres de Oxford que se han hecho católicos, mis convicciones han sido resultado de un lento proceso ocurrido durante años"⁴. Fue una mente de unidad, pero es difícil encontrar en la historia de las ideas una mente más en movimiento.

Acostumbrado desde su juventud a la búsqueda abnegada de la Verdad, Newman aprendió ya al principio de su carrera intelectual como hombre cristiano que la religión no necesita temer la discusión intelectual y que la fe revelada puede sin miedo llamar en su auxilio a la recta razón.

Estas convicciones, que mantuvo hasta el final de sus días, le llevaron a apreciar como un bien constructivo y enriquecedor la auténtica libertad académica en la defensa de opiniones legítimas, así como a practicar y defender el debate respetuoso de asuntos abiertos que interesaban a toda la comunidad católica. Newman abrió camino en la formación de

³ "El Centenario de John H. Newman, Cardenal, *Nuestro Tiempo*, nº 300, Junio 1979, 103-104.

⁴ Cfr. *Letters*, XXXI, Suppl. 63.

una opinión pública responsable y beneficiosa en el interior de la Iglesia.

Dotado de un profundo sentido de los misterios cristianos y del carácter único y original de la Fe católica, impregnó también su obra religiosa con el deseo de disminuir la distancia, cada vez mayor entonces, entre el mundo intelectual de su tiempo y la cultura eclesiástica, que había dejado de ser en muchos aspectos un instrumento eficaz para potenciar la misión de la Iglesia en la sociedad. Newman acertó a valorar la cultura profana en las nuevas circunstancias del siglo XIX y buscó un equilibrio mayor entre el intelecto y la devoción, entre la razón y la creencia.

Juan Pablo II ha observado recientemente que es ésta un área en la que el pensamiento de Newman merece especial atención. Se refiere a "la unidad que propugnó entre teología y ciencia, entre el mundo de la fe y el mundo de la razón. Quería que el saber no careciera de unidad, sino que se fundase en una visión global de la realidad"⁵.

El sincero respeto religioso que le merecían la autoridad y el Magisterio de la Iglesia se armonizan en Newman con una clara visión sobre la importancia de una teología hecha con iniciativa y sentido de la fe. Aunque estaba convencido de la necesidad de un laicado culto y bien formado en la doctrina católica, razones históricas le hicieron coyunturalmente opuesto a que teólogos laicos ocuparan puestos docentes en centros católicos de enseñanza superior. Obraba en él la experiencia negativa de los excesos ultramontanos de su discípulo y luego adversario William G. Ward y las extravagancias liberales de Lord Acton y Richard Simpson.

Pero Newman se ocupó del laicado, reflexionó hondamente acerca de su importancia para la Iglesia y su misión en la sociedad moderna, y quiso contar positivamente con los hombres y mujeres más capaces de las comunidades católicas inglesa e irlandesa para la promoción de iniciativas educativas y apostólicas. La Universidad de Irlanda, la Es-

cuela del Oratorio de Birmingham y el proyecto de la Misión de Oxford son ejemplos significativos de empresas en las que Newman se apoyó en la inventiva y el trabajo de numerosos laicos, y no sólo por motivos pragmáticos de distribuir cargas, sino empujado por una concepción global del ser y la acción de la Iglesia.

No hay en este modelo de actuar ruptura alguna con las ideas mantenidas y enseñadas durante los años anglicanos. El Movimiento de Oxford fue ciertamente un movimiento predominantemente clerical, dadas las circunstancias en que nació y vivió. Pero al hablar de los laicos, Newman está desarrollando en realidad los principios de la misma eclesiología que le condujo a la Iglesia romana. Ahora hay también innovación de complementariedad, porque si en su condición de líder teológico del Movimiento de Oxford, Newman hubo de acentuar la importancia del Episcopado y de la sucesión apostólica, pensaba que como católico debía insistir en el papel eclesial y social del laicado.

La Iglesia y el poder civil.

En las cuestiones que conciernen a las relaciones Iglesia-Estado, tal como se reflejan en el comportamiento de los escritos del Newman anglicano, advertimos un pensamiento que era considerado como radical en la Inglaterra de los años 30 y siguientes. Partidario fervoroso de la independencia de la Iglesia respecto al poder civil, Newman batalló desde Oxford por un régimen de libertad eclesiástica, con una energía que le valió en poco tiempo la enemiga e incluso el *odium* del establishment civil y religioso inglés.

Después de su recepción en la Iglesia católica, estos asuntos dejaron de ser cosa propia y se hicieron para él irrelevantes en la práctica. Pero Newman retuvo durante toda su vida una clara y nunca disimulada preferencia hacia el estado no confesional. Juzgaba intolerable la idea y la realidad amenazadoras de un gobierno con poderes ilimitados y no

⁵ Audiencia papal de 27-4-90 al Simposio "John H. Newman: la búsqueda de la verdad".

aceptaba la omnipotencia jurídica del aparato estatal como premisa en el orden político. Veía la conveniencia de una Iglesia independiente que, sin privilegios, gozara de la necesaria libertad pública para desempeñar su misión espiritual. No le importó que en la Inglaterra de su tiempo se produjera inexorable el paso gradual de un régimen de cristiandad al Estado secular.

Tanto las actitudes de Newman como las del político y primer ministro liberal William Gladstone apuntan de hecho en la misma dirección. En este sentido Newman no era un conservador al estilo de sus coetáneos Benjamín Disraeli, Hoseph de Maistre, Louis de Bonald y Federico von Schlegel. Bien entendido, desde luego, que no rechazaba la religión como elemento básico de cohesión social, sino únicamente como estructura jurídica confesional apoyada o impuesta por ley civil. Como sus compatriotas Richard Hooker y Edmund Burke, pensaba que la fe cristiana era necesaria para la subsistencia de la sociedad y que, como se ha dicho en nuestros días, la oración es un problema político⁶.

Es evidente a la luz de todo lo expuesto que existen puntos de contacto entre algunas ideas de Newman y las defendidas por los denominados "católicos liberales", que comienzan a manifestarse en Inglaterra hacia 1860. Todos pretenden abrir mayores cauces de comunicación entre la Iglesia y la sociedad civil, urgen el abandono de actitudes puramente defensivas respecto a la cultura y el pensamiento profanos, quieren fomentar por medios razonables la libertad dentro de la Iglesia, y potenciar en fin la colaboración entre la Jerarquía eclesiástica y un laicado que toma lentamente conciencia de sus responsabilidades.

Aunque era consciente de defender a veces cursos y estilos prácticos de acción que podían considerarse liberales, Newman no se contemplaba a sí mismo como un "católico liberal", y denunció siempre el liberalismo como credo o "conjunto de principios"⁷.

Cualquiera podía en efecto detectar fácil-

mente notables diferencias entre las palabras y actitudes de Newman y las que solían acompañar la trayectoria intelectual y religiosa de hombres como John Capes, Lord Acton y Richard Simpson. La asignación de un valor cuasi-absoluto a la cultura moderna y los métodos científicos en el terreno de la historia iba asociada en estos a una enorme confianza en la razón y a una apreciación muy débil del carácter sobrenatural del Cristianismo y de la Iglesia.

Acusaban además con gran frecuencia un escaso realismo, una fe ingenua en el progreso, una falta de respeto hacia la Jerarquía y un sentido crítico tan exagerado que parecían síntomas de una cierta inmadurez espiritual.

Ninguno de estos rasgos se refleja en Newman, cuyas posturas fueron sistemáticamente adoptadas con fundamento teológico y practicadas con humildad, equilibrio y modo constructivo. Hubo circunstancias coyunturales que le llevaron a simpatizar e incluso a colaborar con Acton y Simpson, pero en realidad le separaba de ellos un abismo, que no se ocultaba a la perspicacia de Lord Acton cuando escribió en 1864: "Newman manifiesta simpatía hacia nuestros proyectos, pero creo que no conecta de verdad con nuestras ideas de fondo". Los católicos liberales intentaron sin conseguirlo apoyarse en Newman y usar en su proyecto el prestigio de un gran hombre. La entera visión liberal que busca la exaltación del hombre mediante el ejercicio libre e independiente de una razón agresiva y segura de sí misma en todos los terrenos era, a los ojos de Newman, un enorme espejismo de la imaginación.

Al convertir el subjetivismo en primado de la conciencia moral y religiosa, el individualismo en afirmación de la persona, y el relativismo en sentido histórico y comprensión del desarrollo de las ideas, Newman atacó la raíz del planteamiento liberal y trató de minar los presupuestos metafísicos y epistemológicos que lo sostienen.

⁶ La expresión es del Cardenal Jean Daniélou.

⁷ Cfr. *Letters*, XXIV, 192: XXIX, 72.

Desolation

O, say no thou art left of God,
Because His tokens in the sky
Thou canst not read: this earth He trod
To teach thee. He was ever night.

He sees, beneath the fig-tree green,
Nathaniel con His sacred lore;
Shouldst thou thy chamber seek, unseen,
He enters through the unopen'd door.

And when thou liest, by slumber bound,
Outwearied in the Christian fight,
In glory, girt with Saints around,
He stands above thee throught the night.

When friends to Emmaus bend their course,
He joins, although He holds their eyes:
Or, shouldst thou feel some fever's force,
He takes thy hand, He bids thee rise.

Or on a voyage, when calms prevail,
And prison thee upon the sea,
He walks the wave, He wings the sail,
The shore is gain'd, and thou art free.

OFF SARDINIA

June 18, 1833

Desolación

No, no digas que estás abandonado
de Dios porque no puedes
descifrar sus señales en el cielo:
El caminó sobre esta tierra
para enseñarte que siempre estuvo cerca.

El ve debajo de la higuera verde
rumiar a Nataniel su saber sacro:
aunque cierres la puerta de tu cámara
El entra en tu escondite.

Y cuando yaces atado por el sueño
porque te has desgastado en sus combates,
en gloria, y ceñido por sus santos
está en la noche sobre ti, de pie.
Cuando a Emaús caminan los amigos
aunque no lo reconozcan, se les une.
Si te quiebras bajo el peso de una fiebre
te toma de la mano, y te levanta.

O en algún viaje, si la calma reina
y te aprisiona el mar,
El camina en las aguas, y las velas
puebla de viento.
La costa está ganada, y estás libre.

SALIENDO DE SARDINIA

(VIAJE POR EL MEDITERRÁNEO)

Traducción: Jorge N. Ferro

“ Si tenemos al menos una porción de fe iluminada, entenderemos que nuestro estado, como miembros de la Iglesia de Cristo, está lleno de misterio.

¿Qué cosa más misteriosa que el haber nacido, como hemos nacido, bajo la ira de Dios?

¿Qué cosa más misteriosa que el ser redimidos por la muerte del Hijo de Dios hecho carne?

¿Qué cosa más misteriosa que el recibir la virtud de dicha muerte a través de los Sacramentos?

¿Qué cosa más misteriosa que el ser capaces de enseñarnos y educarnos mutuamente en el bien y en el mal?

¡Cuánto cambia el punto de vista de un hombre sobre el nacimiento de sus hijos cuando lo penetran estos pensamientos!

¡Qué luz tan diferente ilumina sus deberes como padre! ”

(Parochial and Plain Sermons, III, pp 299-1835)